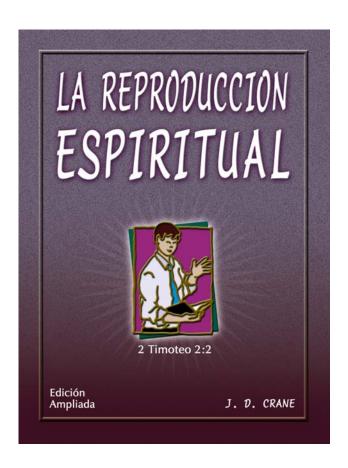
# BIBLIOTECA ELECTRÓNICA PARA EL MAESTRO EL MAESTRO Y EL CONTENIDO DE SU ENSEÑANZA

### LA REPRODUCCION ESPIRITUAL

por J. D. Crane



EDITORIAL MUNDO HISPANO © 2007

## LA

### **REPRODUCCION**

### **ESPIRITUAL**

**POR** 

JAMES D. CRANE

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

### Índice

#### **Prefacio**

- Capítulo 1 Nuestra Tarea: La Reproducción Espiritual
- Capítulo 2 Para Ser un Reproductor Espiritual Es Necesario Estar Seguro de su Propia Relación con Cristo
- Capítulo 3 Para Ser un Reproductor Espiritual Es Necesario Ser Lleno del Espíritu Santo
- **Capítulo 4** Para Ser un Reproductor Espiritual Es Necesario Prepararse para la Obra Personal
- Capítulo 5 Para Ser un Reproductor Espiritual Es Necesario Hacer la Obra Personal
- Capítulo 6 Para Ser un Reproductor Espiritual Es Necesario Trabajar por el Desarrollo de los Nuevos Creyentes

#### A LA ESPERANZA

de que antes de la Segunda Venida de Cristo el mundo de habla española sea sacudido por un despertar espiritual que traiga millones de almas al Reino de Dios, dedico esta obrita de amor.

### **Prefacio**

Desde que se terminó el manuscrito original de *La Reproducción Espiritual*, el autor ha tenido el privilegio de enseñar esta materia en iglesias locales e institutos para pastores en México, Honduras, Costa Rica y España. La experiencia adquirida en estos períodos de animoso intercambio de ideas ha señalado la conveniencia de hacer cierta revisión. Por una parte, se ha presentado la necesidad de ilustrar mejor algunos de los principios que el libro sustenta. Por otra, se ha visto la necesidad de modificar los planes de enseñanza presentados tanto en el prefacio como en el Capítulo 6, agregando algunas tareas prácticas que los lectores pueden ejecutar de semana en semana para así hacer más efectivo el aprendizaje. Y como el libro no pretende sustituir las clases de instrucción que suelen impartirse a los candidatos para el bautismo, sino complementarlas, se ha eliminado del Capítulo VI el bosquejo sobre La Iglesia y El Bautismo que apareció en la primera edición, colocando en su lugar un estudio sobre El Testimonio.

No pretendo que estos estudios sean originales en el sentido absoluto de la palabra. La única originalidad que reclamo es la de la asimilación y de la adaptación. Soy deudor a muchas personas por diferentes ideas recogidas en el curso de mis estudios y de la observación personal. Pero de manera especial he recibido ayuda de las siguientes fuentes:

- (1) del libro *New Testament Follow-up For Pastors and Laymen*, por Waylon B. Moore (Grand Rapids: Wm. Eerdmans Co., 1963);
- (2) de la literatura de Los Navegantes (Apartado 2927, San José, Costa Rica);
- (3) de una serie de folletos intitulada *Ten Basic Steps Towards Christian Maturity*, publicada por Campus Crusade for Christ, International (Arrowhead Springs, San Bernardino, Calif., E.U.A.); y
- (4) de un librito por C. S. Lovett intitulado *Ahora es Fácil Ganar Almas* (Baldwin Park, Calif.: Personal Christianity, 1963).

Del primer libro tomé la idea de la necesidad de una cadena ininterrumpida de reproducción espiritual que se ha desarrollado en el Capítulo I de estos estudios. Los cuatro puntos principales del bosquejo del Capítulo II fueron tomados del folleto "Lecciones Sobre la Seguridad", que publican *Los Navegantes*. Hago la aclaración, sin embargo, de que en el desarrollo de estos cuatro puntos no tomé prestado de ninguna fuente ajena.

Del folleto *The Christian and Witnessing*, publicado por Campus *Crusade for Christ, International*, tomé la idea de iniciar la presentación del plan bíblico de salvación con un énfasis sobre el amor de Dios.

Del librito Ahora *Es Fácil Ganar Almas* tomé la idea de las preguntas preliminares sugeridas como introducción para la presentación del plan bíblico de la salvación en el Capítulo V, sección 3, inciso (2), asi como la ilustración de la tarjeta usada en el mismo capítulo, sección 3, inciso (6), párrafo e.

Finalmente, para esta edición revisada he recibido valiosas sugerencias tanto del doctor Julián C. Bridges, Director del Departamento de Obra Estudiantil de la Convención Nacional Bautista de México, como del hermano C. S. Cadwallader, hijo, misionero bautista en Guatemala y uno de los mejores obreros personales que conozco. Además, deseo agradecer al profesor Juan Arellano Guerrero, actual Administrador del Seminario Teológico Bautista Mexicano, el permiso de incluir en el Capítulo V, sección 2, un vibrante testimonio suyo intitulado "Y Se Convirtió en Obrero Personal".

En cuanto a lo demás, creo que toda otra idea ajena que se halle en esta obrita ha sido debidamente reconocida en el texto mismo o en las notas marginales que aparecen al calce de la página respectiva.

Para la enseñanza de este material me permito sugerir dos planes distintos. Cuando se trata de una congregación local, es mejor dar una clase semanal durante diez semanas consecutivas, de acuerdo con el esquema que sigue:

Primer estudio: Nuestra tarea: la reproducción espiritual.

Material de enseñanza: La Reproducción Espiritual, Capítulo 1.

Lecturas bíblicas para la semana: Marcos, capítulos 1-8.

Texto para aprender: 2 Tim. 2: 2.

**Tarea que realizar:** Que cada miembro de la clase piense en dos personas que viven en la comunidad a quienes desearía ganar para Cristo y que empiece a orar por ellos en privado cada día.

Segundo estudio: la seguridad de nuestra propia relación con Cristo.

Material de enseñanza: La Reproducción Espiritual, Capítulo 2.

Lecturas bíblicas para la semana: Marcos, capítulos 9-16.

**Textos para aprender:** 1 Jn. 5:11, 12 y 1 Cor. 10:13.

**Tarea que realizar:** Que todos entreguen al maestro de la clase los nombres de las dos personas inconversas por quienes ya están orando individualmente y que la clase entera participe en un período de intercesión por todas ellas.

**Tercer estudio:** Lo que el Espíritu Santo ha hecho en la vida de todo creyente.

**Material de enseñanza:** *La Reproducción Espiritual*, Capítulo 3, Introducción y Sección 1.

Lecturas bíblicas para la semana: Hechos, capítulos 1-7.

**Textos para aprender:** 1 Jn. 1: 9 y Juan. 16:24. Tarea que realizar: Que cada miembro de la clase haga una visita personal a los dos individuos por cuya salvación está orando, invitándoles a los cultos de la iglesia y entregándoles un tratado evangelístico que haya sido aprobado previamente por el pastor o por el maestro de la clase.

Cuarto estudio: Las condiciones para ser llenos del Espíritu.

Material de enseñanza: La Reproducción Espiritual, Capítulo 3, Sección 2.

**Lecturas bíblicas para la semana:** Hechos, capítulos 8-14. Textos para aprender: Ef. 5:18 y Hech. 1: 8.

**Tarea que realizar:** Que la clase observe otro período especial de oración intercesoria a favor de todos aquellos inconversos cuyos nombres han sido presentados al maestro de la clase por los distintos miembros de la misma.

Quinto estudio: Los resultados de ser llenos del Espíritu.

Material de enseñanza: La Reproducción Espiritual, Capítulo 3, Sección 3.

Lecturas bíblicas para la semana: Hechos, capítulos 15-21.

Textos para aprender: Juan. 3:16 y Juan. 10:10.

**Tarea que realizar:** Que cada miembro de la clase haga una segunda visita a las dos personas por cuya salvación está orando, invitándoles otra vez a los cultos de la iglesia, entregándoles otro buen tratado evangelístico y diciéndoles francamente que está orando por ellos.

Sexto estudio: La preparación para la obra personal.

Material de enseñanza: La Reproducción Espiritual, Capítulo 4, Sección 1.

Lecturas bíblicas para la semana: Hechos, capítulos 22-28.

Textos para aprender: Rom. 3:23 y Rom. 6:23.

**Tarea que realizar:** Que se observe en la clase un tercer periodo de oración intercesoria a favor de las personas no salvas por quienes los distintos miembros de la clase están orando personalmente.

Séptimo estudio: La preparación para la obra personal (continuación).

Material de enseñanza: La Reproducción Espiritual, Capítulo 4, Secciones 2 y 3.

Lecturas bíblicas para la semana: Juan, capítulos 1-7.

**Textos para aprender:** Rom. 5: 8 y Juan. 14: 6.

**Tarea que realizar:** Que cada miembro de la clase haga una tercera visita a las dos personas por quienes está orando, invitándoles de nuevo a los cultos de la iglesia,

entregándoles todavía otro buen tratado evangelístico y narrándoles su propia experiencia de conversión a Cristo.

Octavo estudio: Haciendo la obra personal.

**Material de enseñanza:** *La Reproducción Espiritual,* Capítulo 5, Secciones 1, 2 y 3. incisos (1) a (5).

Lecturas bíblicas para la semana: Juan, capítulos 8-14.

Textos para aprender: Hech. 3:19 y Juan. 1:12.

**Tarea que realizar:** Que se observe un cuarto período de oración intercesoria a favor de todos aquellos que están siendo evangelizados por los distintos miembros de la clase.

Noveno estudio: Haciendo la obra personal (continuación).

**Material de enseñanza:** *La Reproducción Espiritual,* Capítulo V, Sección 3, incisos (6) a (8).

Lecturas bíblicas para la semana: Juan, capítulos 15:21.

Textos para aprender: Apoc. 3:20 y Mat. 10:32, 33.

Tarea que realizar: Que la clase sea dividida en parejas del mismo sexo, procurando hasta donde sea posible que en cada pareja haya una persona que tenga ya alguna experiencia en la obra personal. Cada miembro de cada pareja habrá estado orando durante ocho semanas por dos individuos inconversos. De las cuatro personas inconversas por quienes ha estado orando cada pareja, escójanse dos para ser visitadas por la pareja en esta semana. El propósito de estas visitas será el de presentar el plan bíblico de la salvación, procurando persuadirlas a recibir a Cristo como Señor y Salvador de su vida. En cada visita llevará la palabra quien ha estado orando durante las ocho semanas anteriores por ese individuo particular.

Décimo estudio: Trabajando por el desarrollo de los nuevos creyentes.

Material de enseñanza: La Reproducción Espiritual, Capítulo 6.

Lecturas bíblicas para la semana: Gálatas, capítulos 1-6.

Texto para aprender: Col. 1:28, 29.

**Tarea que realizar:** Las mismas parejas que hicieron obra personal durante la semana anterior volverán a hacer lo mismo en esta semana, yendo a presentar el plan bíblico de la salvación a las otras dos personas por quienes se ha orado durante las nueve semanas anteriores.

Este plan de enseñanza es ideal para una iglesia local por varias razones. En primer lugar, la distribución de la materia a través de un período tan extenso da lugar para la formación de dos hábitos muy necesarios para el cultivo de una

vida espiritual vigorosa, a saber: la lectura diaria de las Escrituras y el aprendizaje de textos bíblicos escogidos. Además, este plan permite que el alumno medite y asimile bien cada fase del tema general antes de proseguir a un aspecto nuevo. Por otra parte, el hecho de alargar el estudio de esta manera sirve para eliminar, después de dos o tres semanas, a los que no tomen a pecho el asunto, dejando en la clase solamente a los que realmente desean ser reproductores espirituales. En una clase de este tipo la calidad de los alumnos vale mucho más que la cantidad. Finalmente, esta distribución del material de enseñanza da tiempo para que los alumnos pongan en práctica los principios que van estudiando. Tendrán oportunidad para hacer cuando menos las siguientes cosas:

- (1) hacer un examen de su propia experiencia cristiana para encontrar las bases de la seguridad espiritual;
- (2) practicar en forma sostenida la oración intercesoria a favor de determinadas personas inconversas;
- (3) buscar la plenitud del Espíritu Santo en su vida;
- (4) dar testimonio a otros de lo que Cristo ha hecho por ellos;
- (5) presentar el plan bíblico de la salvación a personas inconversas, procurando persuadirles a recibir a Cristo como su Señor y Salvador personal; y
- (6) experimentar un método de estudio que podrán utilizar después para ayudar a otros creyentes a llegar a ser reproductores espirituales también.

El segundo plan de enseñanza es el que se presta mejor para institutos o retiros de pastores u obreros de experiencia. Tanto por los conocimientos más avanzados de los participantes, como por el tiempo limitado con que suele contar este tipo de actividad, conviene reducir el número de las clases. La experiencia ha demostrado que bajo estas condiciones es posible impartir la materia en un total de cinco clases de cincuenta minutos cada una, como sigue:

```
1a. clase—Capítulos 1 y 2.
2a. clase—Capítulo 3.
3a. clase—Capítulo 4 y Capítulo 5, Divisiones 1 y 2.
4a. clase—Capítulo 5, División 3.
5a. clase—Capítulo 6.
Guadalajara, Jalisco, México a 10 de septiembre de 1965
James D. Crane
```

### Capítulo 1. — Nuestra Tarea: La Reproducción Espiritual

Una característica importante de las iglesias apostólicas fue su crecimiento numérico. Existen no menos de treinta referencias a este crecimiento en el libro de Los Hechos. De esto parece justo concluir que una iglesia que sea fiel al modelo neotestamentario será una iglesia que crezca en número lo mismo que en espiritualidad.

En verdad, una de las evidencias más claras del vigor espiritual de una congregación es precisamente su crecimiento numérico. Puede haber, por supuesto, cierto tipo de crecimiento numérico que obedezca a móviles no espirituales. Aun la iglesia apostólica tuvo su Simón el mago (Hech. 8: 9-24), y en la historia cristiana no han faltado ejemplos de "extensión misionera" que fue promovida a base de la fuerza armada. No cabe duda de que un aumento numérico de esta clase destruye la efectividad espiritual de las iglesias. Pero no estamos refiriéndonos a un simple aumento de números. Estamos hablando de un aumento en el número de los regenerados. E insistimos en que una iglesia espiritual será una iglesia que engendre vida espiritual. Será una iglesia que realice en su experiencia el cumplimiento de las palabras de Cristo:

"Os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca" (Juan. 15:16).

Por regla general se ha dicho que el crecimiento fenomenal de las iglesias neotestamentarias se debió al hecho de que todos los miembros hacían obra de evangelismo personal. Esto es cierto. Lo comprueban pasajes como Hech. 2: 4, 8; 4:31; 8: 1, 4 y 11:19-21; pero es solamente una explicación parcial. Las congregaciones apostólicas aumentaban en número porque sus miembros practicaban la reproducción espiritual. Es decir, no se conformaban con ganar almas para Cristo. Se dedicaban también al cultivo de la vida espiritual de esas nuevas almas. Su meta era que cada uno que aceptase al Señor procediera a persuadir también a otros a creer en él. En otras palabras, cada nuevo creyente formaba un eslabón más en una cadena ininterrumpida de reproducción espiritual.

Veamos unos ejemplos. En Hech. 11:19-21 se nos habla del establecimiento de la obra cristiana en Antioquía de Siria. La iglesia de aquel lugar fue formada como resultado de las labores de "los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban" (Hech. 11:19). Indudablemente esos "esparcidos" habían sido convertidos en Jerusalén bajo la predicación del apóstol Pedro en el día de Pentecostés, o por obra de los que sí fueron

convertidos aquel día. Pedro, a su vez, había creído por causa de la obra de su hermano Andrés (Juan. 1:40-42). He aquí, pues, una cadena de reproducción espiritual:

- (1) Andrés;
- **(2)** Pedro;
- (3) los que habían sido esparcidos por causa de la persecución que sobrevino en tiempo de Esteban; y
- (4) la Iglesia de Antioquía.

Otro ejemplo tenemos en el caso de las labores del apóstol Pablo. Cuando éste llegó a Corinto, conoció a una pareja judía recién llegada de Roma (Hech. 18: 1-3). Por ser del mismo oficio, Pablo hizo arreglos para alojarse con ellos y ayudarles en su trabajo. Evidentemente Aquila y Priscila no eran creyentes cuando se encontraron con Pablo, pero no tardaron en responder a la persuasión de su nuevo socio. Tan entusiastas colaboradores llegaron a ser que cuando Pablo partió de Corinto para Jerusalén, Aquila y Priscila le acompañaron hasta Efeso (Hech. 18:18, 19). Estando allí, llegó un judío llamado Apolos, "varón elocuente, poderoso en las Escrituras". Pero Aquila y Priscila notaron que algo le faltaba a Apolos, y llevándolo a su casa "le expusieron más exactamente el camino de Dios". Después, cuando Apolos pasó de Efeso a Acaya, leemos que

"fue de gran provecho a los que por la gracia habían creído; porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo" (Hech. 18:24-28).

¡Otra cadena de reproducción espiritual:

- **(1)** Pablo;
- (2) Aquila y Priscila;
- (3) Apolos; y
- (4) los creyentes fortalecidos de Acaya!

De tan vital importancia era este concepto que el apóstol Pablo lo dejó establecido como la norma invariable para el pueblo de Dios. Sus palabras a Timoteo indican cuál es la tarea de todo creyente:

"Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros" (2 Tim. 2: 2).

Hemos, pues, de formar eslabones en una cadena ininterrumpida de reproducción espiritual. Alguien me instruyó a mí en la fe cristiana, y yo acepté a Cristo como mi Salvador personal. En consecuencia, yo tengo que encargar esta misma fe a "hombres fieles". Estos, a su vez, han de ser

capacitados para que tengan la aptitud de "enseñar también a otros", y así sucesivamente.

Tenemos que recordar que hay solamente dos maneras de agrandar cantidades: sumar, o multiplicar. La superioridad del segundo método queda establecida por la siguiente comparación.

Supongamos que usted ha decidido consagrarse al evangelismo personal con la meta mínima de ganar una alma para Cristo cada año durante diez años. Con la ayuda de Dios usted cumple fielmente su promesa, logrando que cada año una nueva alma acepte a Cristo y lo siga en el bautismo, llegando a ser miembro de la iglesia. Usted ha aumentado el número de los creyentes por el procedimiento de sumar un miembro nuevo cada año, y ha obtenido una ganancia total de diez.

Pero veamos lo que sucede cuando se sigue el procedimiento de la multiplicación. En vez de satisfacerse con la simple meta de ganar una nueva alma cada año, usted se propone adiestrar al nuevo creyente para que éste a su vez sepa ganar almas para el Señor. En otras palabras, su meta es la de lograr anualmente un nuevo reproductor espiritual, y que cada persona así ganada e instruida se reproduzca anualmente también. Al fin de los diez años habrá sucedido lo siguiente:

Primer año:	1 gana e instruye a	1  más =	2 reproductores
Segundo año:	2 ganan e instruyen a	2  más =	4 reproductores
Tercer año:	4 ganan e instruyen a	4 más =	8 reproductores
Cuarto año:	8 ganan e instruyen a	8 más =	16 reproductores
Quinto año:	16 ganan e instruyen a	16 más =	32 reproductores
Sexto año:	32 ganan e instruyen a	32 más =	64 reproductores
Séptimo año:	64 ganan e instruyen a	64 más =	128 reproductores
Octavo año:	128 ganan e instruyen a	128 más =	256 reproductores
Noveno año:	256 ganan e instruyen a	256 más =	512 reproductores
Décimo año:	512 ganan e instruyen a	512 más =	1024 reproductores

¿Es esto un sueño vano? ¿Será imposible que tal cosa suceda en la realidad? ¡De ninguna manera! Tenemos como ejemplo una experiencia tomada de la vida de Dawson Trotman, fundador de *Los Navegantes*, un movimiento cristiano mundial dedicado exclusivamente a la meta de hacer de cada creyente un reproductor espiritual.

Poco antes de la entrada de los Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial, el Señor Trotman y su esposa conocieron a un marinero cuyo barco se hallaba atracado en el puerto de San Diego, California. Guiados seguramente por el Espíritu Santo, dedicaron mucho tiempo al cultivo de la vida espiritual de ese marinero cristiano. Le ayudaban a resolver sus problemas espirituales íntimos; le enseñaban lo que Cristo esperaba de él; le instruían en el arte del evangelismo personal y lo instaron a ser un reproductor espiritual.

Al principio el joven marinero no logró ningún resultado. Tardó tres meses en ganar a su primer compañero para Cristo. Pero no se desanimó, sino se dedicó a cultivar la vida espiritual de ese nuevo creyente exactamente como los señores Trotman lo habían hecho con él. En pos de su meta de ser reproductores espirituales, ambos crecían en la gracia y en el conocimiento del Señor. Antes de que su barco fuese hundido en el ataque japonés sobre la Bahía de la Perla, 125 de los tripulantes habían aceptado a Cristo como su Salvador personal y había marineros cristianos dedicados a la reproducción espiritual en cincuenta barcos más de la flota norteamericana, como resultado del trabajo inicial de aquellos dos jóvenes.<sup>12</sup>

¡Sí es posible! Lo que falta es voluntad para trabajar y un poco de conocimiento. Sólo Dios puede impartir lo primero. Pero si usted desea ser un reproductor espiritual, estos breves estudios le indicarán el camino a seguir.

### Capítulo 2. — Para Ser Un Reproductor Espiritual Es Necesario Estar Seguro De Su Propia Relación Con Cristo

Al través de los siglos el pueblo de Dios ha sido caracterizado por un gran sentido de seguridad. Aun en los tiempos patriarcales hallamos expresiones de esta certeza de la fe. En medio de la agonía de su dolor el afligido Job exclamó:

"Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí" (Job. 19:25-27).

Hasta los menospreciados samaritanos eran capaces de alcanzar esta convicción de seguridad. Aunque por siglos habían sido desterrados del culto del templo en Jerusalén, y aunque aceptaban solamente los libros de la Ley, rechazando los escritos proféticos, cuando tuvieron la oportunidad de ver y de escuchar al Señor Jesús, dijeron a la mujer que les había hablado de él:

"Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y *sabemos* que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo" (Juan. 4:42).

No nos sorprende, pues, encontrar en los escritos de Pablo declaraciones como las siguientes:

"Porque *sabemos* que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos" (2 Cor. 5: 1).

"Por lo cual *estoy seguro* de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (Rom. 8:38, 39).

"Porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (2 Tim. 1:12).

Y por si acaso alguien pensara que son pocos los que pueden tener esta certeza espiritual, el apóstol Juan escribió toda una epístola para demostrar que cada creyente puede saber que tiene la vida eterna. He aquí sus palabras:

"Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna" (1 Jn. 5:13).

Es de especial importancia que el que aspira a ser un reproductor espiritual tenga esta convicción de seguridad. Debe manifestarse en cuatro aspectos de su relación personal con Cristo.

### 1. La seguridad de la salvación.

El que quiera ganar almas para Cristo necesita estar seguro de que él mismo es salvo. ¿Será posible esto? Muchos creen que no. La razón por esta duda no es difícil de encontrar. Gran parte de la gente piensa que la salvación se alcanza, cuando menos en parte, mediante los propios esfuerzos de uno. Y siendo conscientes (como lo somos todos) de que el esfuerzo humano jamás alcanza a satisfacer las demandas de un Dios justo y perfecto, siempre se sienten inseguras. Siempre creen que algo falta todavía y que realmente nadie puede tener la certeza de su salvación.

Pero esto es ignorar tanto la base como la naturaleza de la salvación. Esta se funda, no en las obras humanas, sino en la obra divina. (Tito. 3: 5.) "La salvación es de Jehová" (Jon. 2: 9), Dios la hizo. Encontrándose el hombre sumido en el pecado, impotente para salvarse y condenado al castigo eterno (Ef. 2: 1-3), Dios mismo intervino para obrar su redención (Ef. 2: 4-10). Encarnando en el seno de la virgen María, el Hijo de Dios tomó nuestra naturaleza humana (Juan. 1:14; Gál. 4: 4). Durante treinta y tres años y medio vivió en este mundo, sujeto a tentaciones y saboreando todos los sinsabores de la existencia humana, con una sola excepción: nunca cometió pecado (Heb. 2:17, 18; 4:15, 16). Después de haber cumplido con todas las demandas de la ley divina, de tal manera que él mismo nada debía, se echó a cuestas nuestras culpas y subió a la cruz del Calvario para pagar por nosotros la deuda de nuestra maldad (1 Ped. 3:18; Rom. 5: 8). Habiendo saldado por completo nuestra cuenta, lo sepultaron; pero al tercer día resucitó, demostrando que había triunfado sobre la muerte misma y que por tanto es digno de que pongamos en él nuestra fe. (1 Cor. 15:20-22.) Después de cuarenta días más ascendió al cielo para interceder por su pueblo (Rom. 8:34; Heb. 7:25), y para esperar el día de su segunda venida, cuando triunfará definitivamente sobre el pecado (2 Tes. 1: 6-10) e inaugurará su reino eterno (Luc. 1:32, 33; 1 Tes. 4:16-18). Esta es la base de nuestra salvación: una obra divina completa.

Además, esta salvación, hecha completamente por Dios, se nos ofrece a nosotros como un regalo. Es "un don de Dios" (Ef. 2: 8), es "la dádiva de Dios" (Rom. 6:23). Las únicas condiciones que tenemos que llenar para obtener la salvación son "arrepentimiento para con Dios, y… fe en nuestro

Señor Jesucristo" (Hech. 20:20, 21). Y esta fe de la cual se habla no es la creencia en alguna doctrina, sino la confianza en una Persona. Es la entrega del corazón a Cristo para que él nos perdone y nos haga personas nuevas (2 Cor. 5:17). Es recibirlo a él en el corazón como Señor y Salvador de nuestras vidas. (Juan. 1:12; Apoc. 3:20.)

Cuando uno ha recibido así a Cristo, puede estar seguro de su salvación por el testimonio de la Palabra de Dios. He aquí un pasaje que lo asegura de la manera más completa:

"Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (1 Jn. 5:11, 12).

La realidad de nuestra salvación depende de la obra perfecta y completa de Cristo al morir en la cruz por nuestros pecados (Rom. 5: 8; 1 Ped. 3:18). La seguridad de nuestra salvación depende del testimonio de la Palabra de Dios. No vayamos a confundirnos a este respecto. No dependamos del testimonio de nuestros sentimientos. Estos pueden variar de día en día. Pero el testimonio de la Palabra de Dios es invariable. Y en este testimonio descansa nuestra seguridad.

### 2. La seguridad de la victoria.

Antes de recibir a Cristo como nuestro Salvador no éramos hijos de Dios, éramos de Satanás (Juan. 8:44); pero con su muerte en la cruz el Señor Jesús venció a Satanás y nos rescató de su dominio (Col. 2:15; 1:13). Ahora somos de Cristo, pero la cosa no le agrada nada a la majestad satánica. El lamenta mucho el habernos perdido, y le preocupa bastante el peligro de que por medio de nuestro testimonio otros vayan a escaparse de su lazo (2 Tim. 2:24-26). Por tanto nos tiene declarada la guerra (1 Ped. 5: 8). Sabe que no nos podrá quitar nuestra salvación (Juan. 10:27-29; Rom. 8:38, 39); pero espera echar a perder nuestro testimonio. (1 Tes. 3: 5; 2 Tim. 4:10 a.)

Frente a tan terrible enemigo (2 Cor. 2:11; Ef. 6:12), ¿qué seguridad podemos tener? ¡Bastante! Por una parte, tenemos la seguridad del socorro de nuestro Salvador, el cual ya derrotó a Satanás (Heb. 2:18). Tenemos también la instrucción de su ejemplo, que consistió en rechazar los ataques del diablo con un "escrito está" (Mat. 4: 4, 7, 10). Además, tenemos la ventaja de la intercesión de Cristo a nuestro favor (Luc. 22:31, 32; Heb. 7:25). Y por fin, tenemos la seguridad de sus promesas de victoria.

Una de estas promesas la encontramos en Stg. 4: 7: "Resistid al diablo, y huirá de vosotros." Pero la más grande se halla en 1 Cor. 10:13:

"No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar."

Notemos las seguridades de esta gran promesa. Primero, se nos asegura que lo que nos pueda pasar será algo común en toda la raza. El caso nuestro no será de ninguna manera una excepción a la regla general. Por tanto, no hemos de permitimos el lujo de alimentar un complejo de martirio. Hay otros que padecen igual que nosotros — y pudiera ser que más. En segundo lugar, se nos asegura que Dios le pondrá freno al diablo, no permitiéndole tendernos una tentación tan fuerte que no seamos capaces de resistirla. Entonces no somos víctimas de "fuerzas mayores". Si una tentación se nos presenta, es posible vencerla. Y por último, se nos asegura que con cada tentación habrá una salida que podemos aprovechar para salir airosos de la prueba.

Pero recordemos una cosa. Toda esta seguridad descansa sobre la fidelidad de Dios. "El que piense estar firme (en sus propias fuerzas), mire que no caiga" (1 Cor. 10:12). Por tanto, dependamos continuamente de Cristo, y la victoria será nuestra.

### 3. La seguridad del perdón.

A pesar de tan grandes promesas de victoria, la experiencia ha demostrado que ningún creyente es libre de pecado. También lo afirman las Escrituras (1 Jn. 1: 8, 10). Desgraciadamente nos descuidamos a menudo y cometemos faltas. Y cuando así sucede, nuestro adversario nos acusa (Apoc. 12:10). Y si se atreve a hacerlo en la misma presencia de Dios, no nos ha de sorprender que lo haga en nuestra propia conciencia. Aprovechando el hecho de que cada creyente procura tener siempre una buena conciencia (Hech. 24:16; Heb. 13:18), Satanás nos echa en cara nuestro pecado, procurando sumirnos en un pantano de desaliento y así evitar que tengamos ánimo para seguir testificando por nuestro Señor. (Rom. 7:21-24.)

En tales circunstancias, ¿cuál es el recurso del creyente? ¡La confesión! Oigamos las palabras del apóstol Juan:

"Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn. 1: 9).

Confesémonos, pues, con nuestro Padre celestial. Digámosle toda la verdad. Expongámosle, sin rodeos ni intentos de justificación propia, la realidad de nuestro pecado. Y luego, confiemos en su palabra. Démosle gracias por

habernos escuchado, y sigamos trabajando en su nombre. Tenemos la seguridad del perdón.

### 4. La seguridad de la provisión.

Lo dicho en párrafos anteriores demuestra que el reproductor espiritual se enfrenta a una tarea bastante difícil. Le combate un enemigo sagaz, le rodea un mundo hostil, y por dentro le asedia su propia naturaleza carnal, procurando desviarlo del propósito de servir a Cristo su Señor. Por tanto, le es indispensable la constante ayuda de Dios. De otra manera no podrá hacer más que fracasar.

Lo sabe Dios, y se presta a suplir lo que a sus siervos obedientes les haga falta. Oigamos su promesa:

"Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido" (Juan. 16:24).

Esta cuestión de la oración "en el nombre de Jesús" es enfatizada también en Juan. 14:13-14 y 15:16. ¿Qué significa? Claro está que no se trata simplemente de agregar a nuestras preces la fórmula "te lo pido en el nombre de Jesús". Se refiere a algo bastante más profundo que esto; se refiere tanto al espíritu con que se ora como al propósito de la petición.

Orar "en el nombre de Jesús" es, en primer lugar, orar con apoyo exclusivo en los méritos únicos del Hijo de Dios. Significa el repudio de toda pretendida justicia propia y la confesión de nuestra indignidad personal y de nuestra dependencia absoluta de la mediación de Jesucristo.

En segundo lugar, orar "en el nombre de Jesús" significa pedir como un apoderado del Señor. Quizá la siguiente experiencia personal pueda aclarar el caso.

Hace veinte años el que esto escribe inició su servicio misionero en México. Mi primera responsabilidad fue la de sustituir a un compañero que iba a salir temporalmente del país. Entre otras cosas, dicho compañero administraba una pequeña imprenta en la cual se publicaba literatura evangelística. Antes de emprender su viaje, me llevó consigo al banco donde tenía depositados los dineros de la imprenta y me otorgó un poder para que a nombre suyo manejara yo la cuenta. Todo lo que tenía que hacer para sacar el dinero que había era presentar un cheque firmado de la siguiente manera:

"P. P. Orvil W. Reid James D. Crane" Ahora bien, yo no tenía ningunos fondos personales depositados en aquella cuenta. Sin embargo, de ser así, por ser el apoderado disponía de todo el saldo que existía. Pero había algo que se sobreentendía: disponía yo de aquellos fondos con un solo fin —el de adelantar los intereses de la imprenta. Sabía muy bien que no tenía ningún derecho a disponer de un solo centavo para mi beneficio personal. Retiraba cantidades únicamente para hacer prosperar el negocio que se me había confiado.

Así sucede con la oración "en el nombre de Jesús". Las promesas relacionadas con esta poderosa oración no nos autorizan para pedir lo que se nos antoje para nuestra conveniencia personal. Pero sí nos dan el derecho de pedir todo cuanto sea necesario para llenar nuestro cometido como representantes de Cristo en la tierra. Todo lo que avance los intereses del Reino de Dios; todo lo que realmente glorifique a nuestro Padre celestial; todo lo que contribuya en verdad al rescate de las almas perdidas y a la edificación de los creyentes — todo esto puede pedirse legítimamente "en el nombre de Jesús".

En respuesta, pues, a la oración en el nombre de Jesús<sup>63</sup> el Padre le dará a su hijo absolutamente todo lo que necesite para llevar a cabo la obra que le es encomendada. Tenemos la seguridad de una provisión amplia y suficiente.

### Capítulo 3. —

### Para Ser Un Reproductor Espiritual Es Necesario Ser Lleno Del Espiritu Santo

Uno de los mandamientos más descuidados del Nuevo Testamento se halla en Ef. 5:18.

"No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu."

La orden dada aquí es para todo el pueblo de Dios e indica cuál debe ser la condición constante de cada uno. Su importancia se aprecia mejor a la luz del hecho de que diez veces en el libro de Hechos se nos dice que los creyentes primitivos actuaban estando "llenos del Espíritu". Fa Era ésta la explicación de sus triunfos y conquistas. Y por consiguiente, la explicación de las derrotas que nosotros a menudo sufrimos consiste en nuestra negligencia en dar cumplimiento a esta misma orden.

Para poder entender mejor este importante asunto, vamos a dividir el estudio en tres partes. Primero, veremos cuál es la relación que todo creyente sostiene con el Santo Espíritu de Dios. Luego, expondremos las condiciones que necesitamos llenar para poder ser "llenos del Espíritu". Y por último, señalaremos los resultados que se seguirán cuando hayamos cumplido con las condiciones antes indicadas.

### 1. La relación que sostiene todo creyente con el Espíritu Santo.

En síntesis, podemos decir que hay siete cosas que el Espíritu de Dios ha hecho ya para cada persona que cree en Cristo Jesús como su Salvador personal.

- (1) El Espíritu Santo nos convenció de que éramos pecadores y de que estábamos perdidos Juan. 16: 7, 8; Hech. 2: 4, 37.
- (2) El Espíritu Santo nos convirtió —1 Cor. 12: 3.
- (3) El Espíritu Santo nos regeneró Juan 3: 5; Tito. 3: 5.
- (4) El Espíritu Santo nos selló Ef. 1:13; 4:30.
- (5) El Espíritu Santo nos dio las primicias, o sean, las arras de nuestra herencia celestial Rom. 8:23; 2 Cor. 5: 5; Ef. 1:14.

- (6) El Espíritu Santo nos ha dotado a cada uno con algún don espiritual que nos hace aptos para el servicio que Dios espera de nosotros 1 Cor. 12: 7; 1 Ped. 4:10; 1 Cor. 7: 7.
- (7) El Espíritu Santo mora en nosotros 1 Cor. 3:16; 6:19; Rom. 8: 9.

De las citas dadas se desprenden tres consideraciones de mucha importancia. La primera es que la obra redentora que Cristo consumó en la cruz es aplicada al corazón humano por el Espíritu Santo. Como dijo Pablo en 1 Cor. 6:11:

"Mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, *y por el Espíritu de nuestro Dios.*"

#### En otras palabras, el Espíritu Santo hace efectivo lo que Cristo hizo posible.

La segunda consideración tiene que ver con los dones espirituales. Puesto que el Espíritu Santo ha dotado a cada creyente con algún don, y puesto que este don le hace potencialmente apto para la obra precisa que Dios desea que haga, entonces se sigue que ningún creyente es inútil. Más bien, como un cuerpo físico sufre cuando cualesquiera de sus órganos deja de funcionar normalmente, así también sufre una iglesia cristiana cuando cualquiera de sus miembros deja de prestar el servicio para el cual su don le hace apto. Entonces es urgente que cada creyente haga tres cosas:

- (1) descubrir cuál es su don;
- (2) desarrollar su don hasta el limite de sus oportunidades; y
- (3) dedicar su don al servicio de Dios y de la humanidad.

La tercera consideración es que cuando uno recibe a Cristo como su Salvador, recibe también al Espíritu Santo. La recepción del Espíritu no es una experiencia distinta y aparte de la salvación, es más bien la misma esencia de la salvación. Somos cristianos precisamente porque el Espíritu de Cristo mora en nosotros. Véase Hech. 19: 2 según la Versión de Valera, Revisión de 1960. En otras palabras, nuestra necesidad no es la de tener más del Espíritu Santo, sino la de permitir que el Espíritu Santo tenga más de nosotros. El ya reside en nuestro corazón. Lo que ardientemente anhela es tener la libertad de llenar del todo nuestro ser.

### 2. Las condiciones para ser "llenos del Espíritu".

(1) La primera condición que tenemos que llenar para poder ser "llenos del Espíritu" *es dejar de contristarlo*. (Ef. 4:30)

Para entender bien esta condición, tenemos que recordar que antes de nuestra conversión a Cristo vivíamos bajo la potestad de las tinieblas (Col. 1:13); estábamos prendidos en el lazo del diablo (2 Tim. 2:26); actuábamos de

acuerdo con las ideas del príncipe de la potestad del aire (Ef. 2: 2); y teníamos nuestro entendimiento cegado por el dios de este siglo, para que no nos resplandeciese la luz del evangelio de la gloria de Cristo (2 Cor. 4: 4). En una palabra, vivíamos bajo el dominio de Satanás, el gran usurpador.

Pero Dios nos rescató de ese dominio y nos trasladó al reino de su amado Hijo (Col. 1:13). Ahora somos de Cristo, y Satanás no tiene ningún derecho sobre nosotros. La verdad es que aunque anda alrededor, buscando oportunidad para hacernos mal (1 Ped. 5: 8), no puede hacernos nada *sin nuestra cooperación*. Si le resistimos, tiene que huir (Stg. 4: 7). Pero en ocasiones, en vez de resistir al diablo, el cristiano le da lugar. (Ef. 4:27.)

Ahora, veamos lo que esto significa. En el corazón del creyente mora el Espíritu Santo (Rom. 8: 9; 1 Cor. 6:19). Su derecho es el de disponer totalmente de nosotros, guiando y usándonos para la gloria de Dios y la salvación de los humanos. Pero en vez de ponernos a su entera disposición, le damos lugar al diablo, permitiéndole inducirnos a caer en pecado. En el acto incurrimos en adulterio espiritual y contristamos al Espíritu, obligándolo a retirarse a algún rinconcito de nuestro corazón para lamentar nuestra criminal infidelidad (Stg. 4: 5).

Esta interpretación está confirmada por el contexto en que hallamos la amonestación de no contristar al Espíritu (Ef. 4:17-32). Todo el pasaje es una advertencia en contra del peligro de ceder a los deseos engañosos del "viejo hombre". La mentira, la ira, el hurto, la pereza, el egoísmo, las palabras torpes, un espíritu no perdonador —la lista no pretende ser completa—, todas estas cosas son manifestaciones del "viejo hombre". Cuando damos lugar al diablo, estas tendencias carnales se apoderan de nuestra vida y cometemos el pecado de contristar al Espíritu.

Si deseamos que el Espíritu nos llene, tenemos que oponernos continuamente a las maquinaciones de Satanás, resistiéndole "firmes en la fe" (1 Ped. 5: 9).

(2) La segunda condición que tenemos que llenar para poder ser "llenos del Espíritu" es *dejar de apagarlo* (1 Tes. 5:19).

El creyente "apaga" al Espíritu cuando a sabiendas se niega a cumplir con algún deber cristiano. Es instructivo observar que el contexto en que esta recomendación se halla (1 Tes. 5:12-24) presenta una larga lista de deberes que el creyente debe cumplir. ¿Quién nos insta a este cumplimiento? ¿El mundo? ¿La carne? ¿El diablo? ¡Claro que no! Es el Santo Espíritu de Dios quien nos impulsa a dar cumplimiento a nuestras obligaciones cristianas. Si atendemos a su llamado, la llama de su pasión es avivada y arde con mayor intensidad en

nuestro corazón. Pero si somos negligentes, si aplazamos nuestra obediencia o si somos rebeldes, incurrimos en el pecado de apagar al Espíritu.

Por supuesto, esto no quiere decir que el creyente logra extirpar al Espíritu de su vida en una forma total. Decir tal cosa sería ir en contra de la enseñanza total de las Escrituras. El Espíritu nos ha sellado para el día de la redención (Ef. 4:30). Nunca nos abandonará por completo. La idea es más bien la de una acción relativa y no absoluta. Lo siguiente podrá ilustrar el caso.

Muchos de nosotros compramos leche que necesita ser hervida antes de usarse. Es una cosa bien sabida que esto de hervir leche es algo que requiere una estrecha vigilancia. Una vez que la leche empiece a burbujear, es preciso bajar la llama de la estufa inmediatamente. De otra manera el líquido rebosará y se derramará por toda la estufa. Al bajar la llama en esta forma se le está "apagando" en un sentido relativo.

Esto es lo que sucede muchas veces en nuestra relación con el Espíritu de Dios. Este nos incita a cumplir con algún deber cristiano —a hablarle a un vecino del evangelio; a apartarnos unos momentos para orar; a hacer una visita a un enfermo para darle ánimo, etcétera. Pero en vez de acatar la indicación del Espíritu, ponemos dilación al asunto y no lo hacemos. El efecto es el mismo que en el caso de la leche que estaba a punto de rebosar, hemos bajado la llama del Espíritu, impidiendo que arda en nuestra vida con plena intensidad. Pero si le somos obedientes, el efecto es lo contrario; avivamos su llama y el ardor de su pasión se posesiona de nosotros, haciéndonos instrumentos de su poder.

(3) La tercera condición para ser "llenos del Espíritu" es la de *someternos por* completo a la soberanía de Cristo en nuestra vida diaria.

En un sentido esto podría estar comprendido en lo que hemos dicho ya. Es la otra cara de la misma moneda, es el aspecto positivo del asunto.

Nos hace falta tener presente siempre la estrecha relación que existe entre el Espíritu Santo y nuestro Salvador. Como dijimos antes, el Espíritu hace *efectivo* lo que Cristo hizo *posible*. La obra peculiar del Espíritu es la de glorificar al Hijo (Juan. 16:14). Tan estrecha es esta relación que el apóstol Pablo pudo decir: "Porque el Señor es el Espíritu" (2 Cor. 3:17). Así es que entre más absoluta es nuestra obediencia a Cristo, más completa será la manifestación del Espíritu Santo en nuestra vida.

Hay dos pasajes en el libro de Hechos que corroboran esta interpretación. Uno hace una simple declaración; el otro proporciona un ejemplo. En Hech. 5:32 leemos lo siguiente: "Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen." Queda bien claro, pues, que el auxilio del Espíritu a la hora de testificar va en

proporción directa a la disposición del testigo de ser obediente a la voluntad divina.

En Hech. 4:23-31 se nos narra la experiencia de la iglesia de Jerusalén a raíz de la orden de las autoridades eclesiásticas en el sentido de que "en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús" (Hech. 4:18). Frente a una situación tan crítica, la iglesia apeló a una autoridad superior: oró a Dios. Su oración nos enseña mucho respecto al asunto que traemos entre manos, puesto que después de la plegaria, leemos que "el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios" (versículo 31).

En esta oración es muy importante observar cómo la iglesia amenazada entendía la relación que existía entre ella y su Dios. La invocación con que la oración comienza se halla en el versículo 24. Le llamaron a Dios "Soberano Señor." La palabra es literalmente "Déspota". Para ellos Dios era quien mandaba en lo absoluto. Siendo Creador de cielo, tierra y mar, su voluntad era suprema en todos los seres. Luego, en el versículo 29 se refieren a sí mismos como "siervos" del Señor. La palabra usada aquí significa "esclavos". Dios era el soberano Señor, ellos sus esclavos. A él le tocaba mandar, a ellos obedecer. Siendo tal su reconocimiento de la mutua relación que sostenían entre sí, no nos debe sorprender que fueron "llenos del Espíritu". La verdad es que Dios no puede correr el riesgo de conceder la plenitud del Espíritu a nadie que no se disponga a actuar como un simple esclavo suyo.

Pero si la obediencia a los mandamientos de Dios es la condición para ser "llenos del Espíritu", ¿no nos pone esto en un gran aprieto? ¿No son muchísimos los mandatos del Señor? ¿No es casi imposible tenerlos presentes todos? ¡Sí y no! Las aplicaciones prácticas de la voluntad divina son tan variadas como diversas son las situaciones que diariamente se nos presentan. Pero en el fondo todos los mandamientos de Dios se reducen a dos cosas:

"Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado" (1 Jn. 3:23).

En otras palabras, lo que nuestro Soberano Señor nos pide es sencillamente esto: que mantengamos abiertas dos puertas en nuestra vida. La primera es la puerta de la fe, o sea de la dependencia constante de Dios; por esta puerta nos entra la potencia divina para capacitarnos a trabajar. La otra puerta es la del amor, o sea de la compasión hacia un mundo necesitado; por esta puerta nos sale el poder de Dios para aliviar las necesidades de los que nos rodean. De esta manera nuestra vida se convierte en un canal de transmisión; al través de

nosotros fluye el poder de Dios para suplir lo que falte en otras vidas. Así somos "llenos del Espíritu".

Pero es indispensable que ambas puertas estén siempre abiertas. Si cerramos la puerta de la fe, habrá agotamiento; y estancamiento será el resultado si cerramos la puerta del amor. Pero cuando las dos puertas están abiertas, hay vida en abundancia.<sup>55</sup>

Antes de abandonar este punto es preciso agregar una palabra de advertencia. Una vez que hayamos cumplido con las tres condiciones ya expuestas, *procedamos a actuar por fe.* No debemos detenernos para experimentar alguna sensación emotiva. La religión cristiana sí abarca y conmueve las emociones puesto que tiene que ver con el hombre *total;* pero tenemos que recordar que primero es la fe y después los efectos de ella.

#### En Col. 2: 6 nos dice el apóstol Pablo:

Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él.

El significado de estas palabras es claro: recibimos a Cristo en nuestros corazones por fe; entonces hemos de vivir la vida cristiana de la misma manera —por fe.

Muchas veces cuando estamos tratando con una persona inconversa, procurando persuadirle a recibir a Cristo como Señor y Salvador de su vida, oimos de sus labios la siguiente objeción: "Pero yo no siento nada. Si pudiera sentir al Señor en mi vida podría creer en él." Y la respuesta es obvia. Si un enfermo se niega a tomar los medicamentos que su doctor le ha recetado, alegando que todavía no se siente bien, le tendríamos por insensato. Hay que tomar la medicina primero para poder sentirse mejor después. De la misma manera tiene uno que recibir a Cristo en el corazón por fe para que después los efectos de tal decisión se hagan sentir en su vida. El gozo, la paz, la seguridad, el cambio de los afectos, todos estos sentimientos son *efectos* de aquel acto de la voluntad por el cual recibimos a Cristo por fe como Señor y Salvador. No es posible cambiar el orden de estas cosas: primero es la fe y después los efectos de la misma.

Igual cosa sucede en relación con la plenitud del Espíritu Santo en la vida diaria del creyente. Habiendo cumplido con las condiciones escriturales para ser llenos del Espíritu, no hemos de detenernos en espera de alguna manifestación emotiva. Hay que actuar, confiados en que el Espíritu hará que nuestra actuación sea eficaz.

En Luc. 17:11-19 tenemos la historia de un encuentro que tuvo el Señor Jesús con diez hombres leprosos. Al rogarle que les limpiara, Cristo les respondió, diciendo: "Id, mostraos a los sacerdotes." Entonces siguen estas palabras asombrosas: "Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados."

La curación de los leprosos fue consecuencia de su obediencia al mandato de Jesús, y su obediencia manifestó una confianza absoluta en la palabra de Cristo. Al partir del Señor todavía estaban leprosos, pero *mientras iban* alcanzaron la salud. Así ha de ser con nosotros. No debemos demandar de Dios que nos dé señales de su fidelidad antes de emprender la tarea que su voluntad nos dicte. No es él quien está a prueba, sino nosotros.

El orden divino de las cosas es el que señaló Cristo mismo cuando dijo:

El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él (Juan. 14:21).

Cuando obedecemos los mandatos de Cristo, entonces él se manifiesta en nuestra vida. La manera en que lo hará es asunto de él, y puede variar bastante de persona a persona. Algunos insisten, por ejemplo, en que toda persona que esté llena del Espíritu tiene que hablar en lenguas. Es posible que algunos sí lo hagan, pero el apóstol Pablo nos hace ver claramente que existe una gran variedad en los dones del Espíritu (1 Cor. 12: 4); que el Espíritu es soberano en el reparto de sus dones (1 Cor. 12:11); y que no todos reciben el don de hablar en lenguas (1 Cor. 12:29-31). La suprema manifestación del Espíritu es más bien el amor que desea la edificación de los demás (1 Cor. 12:31-14:12).

Sabiendo, pues, lo que Dios quiere que hagamos, procedamos a actuar por fe, y dejemos que el Señor nos manifieste su beneplácito en el tiempo y de la manera que a él le plazca. Las manifestaciones que inevitablemente se seguirán son las que en la siguiente sección se especifican.

### 3. Los resultados que se seguirán cuando somos "llenos del Espíritu".

La importancia de todo esto se ve fácilmente cuando tomamos en cuenta los resultados que se obtienen cuando nuestra vida está bajo el dominio del Espíritu de Dios. Es tan claro el asunto que no tenemos necesidad de hacer más que señalar lo que las Escrituras dicen al respecto.

- (1) El Espíritu Santo transforma nuestro carácter (2 Cor. 3:18; Gál. 5:22, 23).
- (2) El Espíritu Santo nos guía a toda verdad (Juan. 16:13 a; 14:26a).

- (3) El Espíritu Santo nos recuerda las palabras de Jesús (Juan. 14:26 b).
- (4) El Espíritu Santo nos indica a quién hablarle del Señor (Hech. 8:29; Rom. 8:14).
- (5) El Espíritu Santo nos da valor para hablar de Cristo (Hech. 4:31; 2 Tim. 1: 7, 8).
- (6) El Espíritu Santo nos da sabiduría para hablar (Hech. 6:10).
- (7) El Espíritu Santo da poder a nuestro testimonio (1 Cor. 2: 4; 1 Tes. 1: 5).

### Capítulo 4. — Para Ser Un Reproductor Espiritual Es Necesario Prepararse Para La Obra Personal

Lo que se ha dicho en los dos estudios anteriores constituye la base general para la obra del reproductor espiritual. En este capítulo queremos pensar en la preparación específica que exige la obra del evangelismo personal. Son tres los requisitos que deben ser llenados.

### 1. Asirse de la palabra de vida.

En Fil. 2:15, 16 el apóstol Pablo describe a los creyentes como "luminares en el mundo". Nos rodea "una generación maligna y perversa" a la cual tenemos la obligación (y el privilegio) de iluminar. Pero para esto es indispensable que estemos "asidos de la palabra de vida". Es decir, necesitamos una comprensión clara de la enseñanza de la Biblia.

Los obreros de las cruzadas del doctor Billy Graham tienen una simpática manera de enseñar esta verdad. Le llaman "la ilustración de la mano". A cada dedo de la mano le asignan un significado. El dedo meñique representa el acto de *oír* la Palabra de Dios. El dedo anular representa la *lectura bíblica*. El dedo medio representa el *estudio* de la Palabra. El dedo índice representa el *aprendizaje* de textos escogidos. Y el dedo pulgar representa la *meditación* de lo que Dios dejó escrito en su Libro santo.

Ahora, veamos la aplicación. Ponga usted su Biblia en la palma de su mano derecha y sujétela con la fuerza del dedo meñique. Por un momento, quizá, la podrá mantener en alto, pero será bastante fácil que se le caiga. Así sucede cuando uno se limita a oír la Palabra de Dios; algo aprende, por supuesto, pero no es muy clara su comprensión. Ahora, agregue a la fuerza del dedo meñique la presión del dedo anular. Ya es más fuerte la sujeción del Libro, y hay menos peligro de que se le caiga al piso; así pasa cuando además de oír la Palabra, uno se dedica a leerla también. Con la lectura diaria de la Palabra uno va comprendiendo cada vez más la verdad divina. Ahora, use también el dedo medio, agregando su presión a la de los dos dedos ya mencionados, y es todavía más grande la fuerza con que está usted sujetando la Biblia en la mano. Esto representa la ventaja adicional de tener un plan para estudiar sistemáticamente el contenido del Libro de Dios. En seguida, ponga en acción el dedo índice, que representa un empeño por aprender textos bien escogidos, atesorándolos en el corazón para los momentos de tentación o las oportunidades de testificar. Ahora sí que es casi imposible que el libro se le

vaya de la mano. Pero si a todo esto le agrega el respaldo del dedo pulgar — representando la acción continua de *meditar* lo que Dios ha dicho— ya tiene usted bien asida la palabra de vida.

Dentro de nuestra comprensión de la enseñanza bíblica general, es de especial importancia que conozcamos bien el camino de la salvación. Este aprendizaje se hará más fácil si concebimos las ideas esenciales en la forma de "cinco verdades vitales". Pues las Escrituras nos presentan cinco verdades cuya comprensión nos proporciona el secreto de la paz y de la felicidad, tanto para esta vida presente como para la eternidad.

#### CINCO VERDADES VITALES

#### I. La Verdad del Amor

Dios le ama y desea que usted tenga una vida abundante. (Juan. 3:16; Juan. 10:10 b)

#### II. La Verdad del Pecado

El pecado le separa de Dios y le priva de la vida abundante. (Rom. 3:23; Rom. 6:23 a)

#### **III.** La Verdad del Substituto

Jesucristo tomó el lugar de usted en la cruz y pagó el precio completo de su salvación, haciendo posible que usted vuelva a Dios. (Rom. 5: 8; Juan. 14: 6)

#### IV. La Verdad del Arrepentimiento

Para poder volver a Dios, necesita usted arrepentirse de sus pecados. (Hech. 3:19 a)

#### V. La Verdad de la Fe

La vida eterna y abundante es una dádiva que Dios le ofrece en Cristo. Será suya si le recibe a él por fe como su Señor y Salvador. (Rom. 6:23; Juan. 1:12; Apoc. 3:20; 1 Jn. 5:11-12)

Se notará que en toda esta presentación se usan solamente diez textos de la Biblia. El que aspire a ser un reproductor espiritual debe marcar todos estos textos en su Nuevo Testamento de bolsillo o en su Biblia y aprenderlos.

### 2. Practicar la oración.

Es muy instructivo observar el lugar que ocupaba la oración en la vida terrenal de nuestro Salvador. Sabemos que los evangelios no presentan una historia completa de todo lo que hizo el Señor (Juan. 21:25). Así es que llama

poderosamente la atención el hecho de que señalan cuando menos diecisiete ocasiones en que oró Jesús<sup>f6</sup>

El estudio de estos pasajes revela varias cosas. Por una parte, indica que el Señor acostumbraba dedicar los primeros momentos del día a la comunión con su Padre celestial (Mar. 1:35). Hace ver, además, que buscaba la soledad para no ser interrumpido en sus plegarias (Luc. 5:16). A la vez, señala que podía orar aun en medio de las multitudes (Luc. 10:21). También hace hincapié en el hecho de que en todas las crisis de su vida tuvo cuidado de orar intensamente. Esto lo vemos antes de su batalla con Satanás en el monte de la tentación (Luc. 3:21); antes de escoger a los doce apóstoles (Luc. 6:12), cuando las multitudes entusiastas querían arrebatarlo y hacerlo un rey terrenal después del milagro de la alimentación de los cinco mil (Mar. 6:46-48); antes de ser transfigurado (Luc. 9:28, 29); y en el huerto de Getsemaní (Mat. 26:36-44). En verdad, la oración era para él un hábito inquebrantable. ¡Y para nosotros lo debe ser también!

El rescate de las almas perdidas es una tarea sumamente difícil. Es más, si nos atenemos a nuestras propias fuerzas, es imposible. Nos combate el diablo con toda su furia, por tanto, haremos bien en recordar las palabras que nuestro Maestro dirigió a los apóstoles cuando éstos le preguntaban por qué no habían podido lanzar fuera a un demonio: "Este género con nada puede salir, sino con oración" (Mar. 9:29).

Los elementos de la oración cristiana son cuatro. El primero es la *adoración*. Debemos empezar con la invocación del nombre de nuestro Dios, alabándole por sus perfecciones y dándole gracias por sus misericordias y favores. El segundo elemento es la *confesión*. No es posible acercarnos a un Dios santo sin darnos cuenta de nuestra propia pecaminosidad. Es indispensable que nos humillemos a sus pies en una sincera confesión de todos los pecados con que le hemos ofendido. El tercer elemento es la *intercesión*, las peticiones por la causa mundial de nuestro Salvador, por la conversión de las almas perdidas y por las necesidades de nuestros hermanos en la fe. El último elemento es la *petición* por nuestras propias necesidades.

En esto de las peticiones personales podemos encontrar una buena lección en el ejemplo del apóstol Pablo. Parece que cuando éste oraba por sí mismo, o cuando pedía que otros orasen por él, pedía solamente tres cosas: mayores oportunidades para hablar de Cristo (Col. 4: 3; Rom. 15:30-32); valor para aprovechar sus oportunidades (Ef. 6:18-20); y la claridad de expresión necesaria para hacerse entender (Col. 4: 4).

### 3. Tener fe en Dios y en su Palabra.

Cuando el Señor Jesús visitó a su pueblo de Nazaret, leemos que "no pudo hacer allí ningún milagro ... y estaba asombrado de la incredulidad de ellos" (Mar. 6: 5, 6). Por lo contrario cuando iba por la región de Tiro y de Sidón, se encontró con una mujer sirofenisa que le pedía con insistencia que lanzara fuera de su hija a un demonio, y él le dijo: "Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres" (Mat. 15:28).

La obra del evangelismo personal demanda fe. En primer lugar, demanda fe en el amor y en el poder de nuestro Padre celestial. Dios es amor (1 Jn. 4: 8). Su amor no reconoce límites de ninguna clase, abarca el mundo entero (Juan. 3:16), y su deseo es que todo este mundo sea salvo (1 Tim. 2: 4; 2 Ped. 3: 9). Además, Dios es poderoso para hacer todo lo que se propone (Ef. 3:20). Cuando el afligido padre del muchacho endemoniado clamaba a Cristo, diciendo: "Si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos", la respuesta inmediata fue: "Si puedes creer, al que cree todo le es posible" (Mar. 9:22, 23). No dudemos, pues, ni del amor ni del poder de nuestro Dios. El quiere y puede salvar a los pecadores, por perdidos que éstos estén.

La obra del evangelismo personal demanda fe también en la eficacia de la Palabra de Dios. Esta es el instrumento que Dios emplea para efectuar su obra redentora. Por ella nos hace sabios para la salvación (2 Tim. 3:15); inspira fe en nuestros corazones (Rom. 10:17); nos limpia de pecado (Ef. 5:26); y nos hace renacer (1 Ped. 1:23). La Palabra de Dios es la espada del Espíritu (Ef. 6:17) que penetra la conciencia de todo hombre (Heb. 4:12). Es el martillo y el fuego con que Dios desbarata todo obstáculo que se le opone (Jer. 23:29). Es útil para la edificación de los creyentes (2 Tim. 3:16, 17). Nunca está presa (2 Tim. 2: 9) y nunca vuelve a Dios vacía. (Isa. 55:11.)

Por tanto, al disponernos a salir para llevar a cabo esta obra, tengamos confianza en que no es la voluntad de nuestro Dios que fracasemos.

### Capítulo 5. — Para Ser Un Reproductor Espiritual Es Necesario Hacer La Obra Personal

En el evangelismo personal hay tres reglas sencillas que observar, a saber: sepa a dónde ir; salga; y evangelice.

### 1. Sepa a dónde ir.

Este es el punto de partida. El obrero personal necesita tener una lista en que consten los nombres y las direcciones de las personas a quienes espera evangelizar. No debería ser difícil conseguir esta información. En el círculo de su propia familia, de sus íntimos amigos, de sus vecinos y de sus compañeros de escuela o de trabajo, debe haber varias personas con quienes será posible hablar de Cristo.

Huelga decir que la iglesia local debería mantener al día una lista de nombres y direcciones de personas inconversas con quienes ha logrado establecer contacto. En la matrícula de la escuela dominical siempre están inscritas varias personas que aún no han aceptado a Cristo como Señor y Salvador de sus vidas. Una iglesia despierta tendrá también algún plan para conseguir y guardar los nombres y las direcciones de toda persona que visite los cultos. Entre éstas tiene que haber algunos inconversos. Además, entre los niños que asisten a la Escuela Bíblica de Vacaciones siempre hay varios que proceden de hogares no cristianos. Tanto estos niños como sus padres constituyen una perspectiva para la visitación para evangelizar. Por fin, no hay hermano que no tenga algún pariente, amigo o vecino inconverso cuyo nombre y dirección no pueda proporcionar para que se agregue a esta lista de las posibilidades de evangelización de su iglesia.

El pastor es responsable del uso que se le dé a esta información. Debe reunir en torno suyo a un núcleo de hermanos que estén dispuestos a llegar a ser reproductores espirituales. A cada uno de éstos le dará el nombre y la dirección de una persona inconversa de su propio sexo y aproximadamente de su misma edad. Le hará ver que debe orar diariamente por esa persona y hacer todo lo posible por ganarla para Cristo. Le proporcionará los datos personales que sean pertinentes para ayudarle en su labor de evangelismo, y le pedirá que le informe semanalmente de las visitas que haga.

El autor de estas líneas puede testificar a favor de la eficacia de esta manera de proceder. Aunque me convertí a la edad de ocho años, a los diecisiete todavía no había ganado a nadie para Cristo. Tres veces había intentado hacerlo, pero sin resultados positivos, y me había desanimado.

Cuando ingresé a la universidad me tocó tener por maestra en la escuela dominical a una mujer de excepcionales dotes espirituales. Sucedió que poco después el padre de ella tuvo que someterse a una intervención quirúrgica. Mientras atendía a su papá, mi maestra se dio cuenta de que en un cuarto contiguo se encontraba internado un joven con terribles quemaduras en todo el cuerpo ¡y era inconverso!

La próxima vez que me encontró me dijo: "Oye tú. Allá en el hospital, en el cuarto tal, está un joven inconverso de tu edad. Yo te encargo el alma de ese joven. Haz lo posible por ganarle para Cristo."

Me quedé bastante confuso. Tenía miedo de intentarlo, pero sabía que mi maestra me iba a preguntar sobre el asunto al ir a la clase el siguiente domingo, y me daba vergüenza quedar mal con ella. Así es que empecé a visitar al joven de las terribles quemaduras. No recuerdo cómo le presenté el asunto, pero lo que nunca podré olvidar es que a las dos semanas de estarle visitando, le invité a recibir a Cristo como su Salvador personal, y aceptó.

Nunca había sentido tal sensación de triunfo. Por todo el camino de regreso a mi casa (que distaba unos dieciocho kilómetros del hospital) iba cantando alabanzas al Señor. Por fin había saboreado la dulzura de ser utilizado como instrumento en las manos de Dios para llevar una alma a los pies de Jesús. ¡Pero nueve años había tardado desde mi conversión antes de tener tan gloriosa experiencia! Y ahora me pregunto cuántos años más me habría tardado si una maestra de la escuela dominical no me hubiera dicho, "Te encargo el alma de ese joven."

Creo que es esto precisamente lo que hace falta en nuestras iglesias: que cada pastor practique el hacer a los distintos miembros de su congregación este mismo encargo. No bastan las exhortaciones generales lanzadas desde el púlpito; se precisan confrontaciones personales. Y cuando el pastor le mira de hito en hito a uno de sus feligreses y con el corazón en la mano le dice: "Hermano, le encargo el alma de fulano de tal", lo más probable es que ese hermano tome en serio el asunto y que haga un esfuerzo sincero por salvar su responsabilidad.

### 2. Salga.

Aquí tenemos, en cierto sentido, la clave del evangelismo personal. "Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis" (Mat. 22: 9). Esta es una orden que necesitamos tener muy en cuenta. No importa cuan bien nos hayamos aprendido el plan de la salvación ni cuánto hayamos orado, si no salimos a buscar a los perdidos, no habrá resultados positivos.

En relación con esto, es conveniente reservar un tiempo definido de cada semana exclusivamente para la obra personal. De lo contrario, es casi seguro que descuidaremos esta importante actividad.

Uno de los pastores más activos a quien el que esto escribe ha conocido, dio testimonio de la necesidad de hacer precisamente lo que acabamos de sugerir. Su iglesia era grande; además, por ser él un hombre de excepcionales dotes administrativas, ocupaba varios puestos de importancia en la vida de su denominación. Tenía que predicar de tres a cinco veces por semana, amén de vigilar la marcha de los varios departamentos de la iglesia y visitar a los enfermos y necesitados de su congregación. Pero en medio de todo eso se resolvió a separar el jueves de cada semana exclusivamente para el evangelismo personal. No sorprende, pues, saber que algunos años después ese pastor fue escogido por sus hermanos para encabezar y orientar todo el esfuerzo de evangelización de la convención bautista más grande del mundo.

También es conveniente, en muchas ocasiones, que uno se haga acompañar de otro hermano de su propio sexo. Para esto tenemos hermosos precedentes bíblicos. Cuando el Señor envió a los doce para su primera gira de evangelismo, los envió "de dos en dos" (Mar. 6: 7). Después, hizo lo mismo con los setenta (Luc. 10: 1). Pedro y Juan andaban juntos cuando fue sanado el cojo en la puerta Hermosa del templo (Hech. 3: 1). Bernabé fue a buscar a Saulo para secundarlo en la obra de Antioquía, y después los dos se acompañaron en un viaje misionero extenso por Chipre y el Asia Menor (Hech. 11:25; 13: 1-14:28). Véase también el caso de Timoteo y Erasto. (Hech. 19:22.)

Las ventajas de este procedimiento son varias. En primer lugar, si por casualidad llegan a tocar a la puerta de una casa donde de momento no se encuentre el esposo, el hecho de ser dos los que tocan evita que las malas lenguas tengan chisme que saborear. Además, cuando van dos, mientras uno presenta el evangelio, el otro puede orar. Y por último, de esta manera un hermano de mayor experiencia puede con su ejemplo instruir a un hermano nuevo en el arte de ganar almas para Cristo.

Hermosa corroboración de lo que acabamos de decir es el siguiente testimonio.

### Y SE CONVIRTIÓ EN OBRERO PERSONAL

#### Por Juan Arellano Guerrero

"El hermano N. N. era uno de tantos hermanos que pertenecen a una congregación cristiana, pero que se conforman con asistir de una manera más o menos regular a los cultos de la iglesia. El aún quedaba colocado en un nivel inferior en esta clase de fidelidad, porque prestaba sus servicios en una

fábrica en la cual tenía que trabajar los domingos, siendo su día de descanso el viernes de cada semana. Sin embargo, consideraba que si concurría al culto del domingo por la noche y, de cuando en cuando, al culto de oración celebrado el miércoles, ya estaba haciendo un esfuerzo por dar buen ejemplo a su esposa e hijos acerca de ser un cristiano fiel. Según su propia opinión, la mejor evidencia de su fidelidad era que cuando no podía concurrir a los cultos, enviaba su diezmo con alguno de sus familiares.

"Cada vez que la iglesia hacía un esfuerzo especial para evangelismo, el hermano N. se excusaba ante el pastor de no poder participar en la visitación porque no disponía del tiempo necesario. Por fin una vez cuando se iba a celebrar una campaña de evangelización para la cual se hicieron planes con una más efectiva y anticipada preparación, el pastor consiguió que concurriera a uno de los cultos en los cuales se levantó una lista de inconversos por los cuales toda la iglesia iba a estar orando antes de la semana en que todos saldrían a visitar. La esposa del hermano N. ofreció los nombres de algunas personas conocidas de la familia.

"Posiblemente el hecho de estar orando en su hogar por aquellas personas que estaban en la lista formulada por la iglesia, influyó en el espíritu de aquel hermano, quien decidió concurrir el viernes de la semana de la visitación para tomar parte en tal actividad. Estando reunidos en el templo todos los hermanos que iban a salir a visitar, el pastor principió por sugerir quiénes formarían los equipos de dos en dos. Entonces el hermano N. apresuradamente se dirigió al pastor para solicitar que fuese él su compañero porque 'él nunca había participado en tal actividad y no sabía lo que tendría que hacer'. Estaba dispuesto a aprender y quería observar cómo lo hacía su pastor.

"Por supuesto, el pastor aceptó con gusto y, después que el grupo hubo dedicado unos minutos a la oración, salieron para ir cada equipo a la zona de la ciudad que le correspondía.

"En la primera puerta que llegaron el pastor y el hermano N., éste se concretó a observar, pues el pastor lo hizo todo, inclusive llamar a la puerta. Procuró, sin embargo, estar orando en silencio en favor del inconverso que escuchaba el mensaje y, a la vez, prestaba atención a lo que el pastor decía, dándose cuenta de que no estaba presentando un mensaje en términos teológicos ni en forma de un sermón, sino que era una plática sencilla que cualquier creyente podía presentar.

"En la segunda visita que hicieron, el hermano N. principió a tomar parte en la exposición de sus .propias experiencias que, pensaba él, podrían ayudar a la persona evangelizada a entender mejor lo que el pastor estaba diciendo. Habiendo probado esta experiencia, tan pronto como se retiraron de aquel lugar, el hermano N. le dijo a su pastor: 'Hermano, ¿quiere permitirme que en la próxima visita sea yo quien presente la plática?'

"El pastor sintió en su corazón gran satisfacción al ver que el Espíritu Santo estaba moviendo al hermano N. para probar por primera vez la satisfacción de dar su testimonio personal a una persona completamente desconocida, a quien se iba buscando exprofesamente para presentarle el mensaje de salvación.

"Después de varias visitas, se terminó el tiempo disponible de aquella tarde y los dos hermanos regresaron al templo en el cual ya se encontraban otros hermanos que también habían cumplido con la tarea de visitar con propósitos de evangelización. Cuando el pastor pidió se expusieran los testimonios, el hermano N. fue el primero en ponerse en pie y decir con gusto, que se manifestaba en una sonrisa llena de satisfacción: 'Hermano pastor, lo que yo pregunto es ¿por qué no nos había invitado antes para hacer esta clase de trabajo? No pueden imaginarse, mis hermanos, el gozo que embarga mi corazón al haber participado de la hermosa experiencia que he tenido esta tarde y que me hace decidir que en el futuro dedicaré la tarde de cada viernes para salir con mi esposa e ir a visitar a los inconversos, aunque no estemos en campaña'.

"No fue el pastor quien contestó a la pregunta, sino la esposa del hermano N. Ella, con alegría por la reacción de su esposo, pero sin querer faltar a la justicia, dijo: 'El pastor siempre nos está invitando, pero recuerda que tú habías estado respondiendo a cada invitación con la disculpa de que no tenías tiempo, y que, además, no estabas preparado para hacer ese trabajo'.

"Esto sucedió hace aproximadamente siete años, y lo más hermoso es que aquel hermano cumplió su promesa de salir a visitar cada semana en compañía de su esposa. Pero la experiencia se ha ampliado, porque el hermano N. ya fue jubilado por la empresa en la cual prestaba sus servicios, y creyendo que no debía limitarse a visitar solamente a los vecinos de su propia ciudad, ofreció a su iglesia hacerse cargo de una misión foránea. Su fidelidad ha inspirado a otros hermanos de la misma iglesia, pues nunca deja de ir a su misión, aun cuando el invierno presente noches muy frías o en la época de lluvias sea necesario que soporte un aguacero a la orilla de la carretera donde tiene que esperar que un ómnibus haga la parada que él solicita para poder regresar a su ciudad.

"Otros dos hombres de la misma iglesia, al visitar la misión atendida por el hermano N., se dieron cuenta del trabajo realizado y se ofrecieron para continuar atendiendo aquella misión, invitando al hermano N. para que él fuese a visitar otro ranchito con el propósito de establecer una nueva misión. El aceptó con gusto y ya ha hecho visitas durante dos meses a un ejido en el cual ahora la iglesia está pensando alquilar un cuarto para celebrar cultos formales con varias personas que ya han mostrado simpatía por el evangelio.

"Así se convirtió en obrero personal un hermano que ni siquiera terminó su instrucción primaria y que por mucho tiempo creía que la falta de preparación y la falta de tiempo lo colocaban al margen de la tarea de evangelización.

Ahora él puede decir a otros que ningún cristiano está excluido de la Gran Comisión."

#### 3. Evangelice.

Salimos con un solo fin, a saber: hablar de Cristo. Por tanto, es de suma importancia que lo hagamos. Pero al intentarlo, no tardamos en descubrir que precisamos una gran flexibilidad en nuestro proceder. Tanto el carácter de la persona con quien pensamos hablar, como la circunstancias en que la encontremos, influirán grandemente en nuestro modo de acercarnos al tema. Además, tenemos que recordar que el Espíritu de Dios se niega a someterse a ninguna rutina invariable, y de él dependemos para el buen éxito de nuestra empresa.

Al mismo tiempo, tanto el ejemplo del Maestro como la experiencia de los más aptos obreros personales nos enseñan que sí existen ciertas normas generales que haremos bien de tener en cuenta. En seguida presentamos las más importantes.

### (1) Inicie la conversación hablando de algo en que la persona ya tiene interés.

Así lo hacía el Señor. Cuando quiso llamar a Pedro para ser apóstol, lo encontró lavando sus redes después de una noche de pesca infructuosa. ¿Cómo abordó el asunto? Se interesó en lo que Pedro hacía, "Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar", le dijo. Y cuando hubo demostrado que sabía pescar, y cuando Pedro cayó asombrado a sus pies, entonces le dio el llamamiento: "No temas, desde ahora serás pescador de hombres" (Luc. 5: 1-11). Lo mismo sucedió con la mujer samaritana. "Dame de beber", fueron las palabras con que inició su memorable conversación con aquella que había ido al pozo a sacar agua para el uso de su casa (Juan. 4: 7).

Esto exige, por supuesto, que sepamos algo de la persona a quien deseamos evangelizar. Exige también un genuino amor para discernir los rasgos de nobleza y las inquietudes espirituales que puedan estar ocultos bajo un disfraz de indiferencia o de hostilidad. La persona es digna de que nos tomemos la molestia de interesarnos en sus intereses para así poder elevar éstos a una esfera superior.

### (2) Esté alerta para llevar la conversación al tema de la salvación con la menor pérdida de tiempo posible.

En el caso de Nicodemo, nuestro Señor habló inmediatamente a la necesidad de un nuevo nacimiento (Juan. 3: 3). Con la mujer de Samaría no fue tan

abrupto, pero tampoco perdió el tiempo (Juan. 4: 7-10). Este es el ejemplo que nosotros necesitamos seguir.

Si la persona es bien conocida, a veces conviene, después de los saludos que la cortesía y la sinceridad cristiana demandan, entrar inmediatamente al asunto con una franca declaración del propósito de la visita.

"Don Paco, mi amigo y yo hemos venido para hablarle de su alma. Lo apreciamos sinceramente y deseamos que usted tenga la seguridad de la vida eterna."

Cuando tal declaración brota de un corazón de amor es poco frecuente que ocasione una reacción negativa, y de una buena vez despeja el ambiente de toda consideración secundaria.

Otras veces podría convenir el empleo de algunas preguntas preliminares que lleven la conversación por pasos naturales hacia una presentación franca del plan bíblico de la salvación. Por ejemplo, si usted observa que la persona visitada tiene algunas imágenes o estampas religiosas, o si sobre la mesa se encuentra una Biblia u otro libro religioso, sea cual fuere, bien puede usted decir:

"Veo que usted tiene interés en las cosas espirituales. Le felicito. Esto demuestra que es usted una persona inteligente. ¿Ha sentido usted alguna vez la necesidad de tener una relación más íntima con Dios?"

Casi siempre la respuesta será afirmativa; pero aun en el supuesto caso de que fuese negativa, podría usted seguir con la siguiente pregunta:

¿Habrá oído hablar usted de las "cinco verdades vitales"?

Probablemente la respuesta esta vez será que no; entonces puede usted seguir diciendo:

"Las Sagradas Escrituras nos presentan 'cinco verdades vitales' cuya comprensión nos proporciona el secreto de la paz y de la felicidad, tanto para esta vida presente como para la eternidad. ¿Me permitiría usted decirle cuáles son?"

Lo más seguro es que la persona le dará otra vez una respuesta afirmativa, dejándole en plena libertad para proceder a abrir su Biblia o Nuevo Testamento y presentarle el camino de la salvación.

### (3) Utilice sólo un número reducido de textos bien escogidos.

Casi no hay límite al número de textos bíblicos que pueden ser empleados en el evangelismo personal. El obrero deberá estar siempre familiarizándose más y

más con su Biblia, y entre mayor número de textos haya aprendido de memoria, mejor. Sin embargo de ser así, la experiencia ha demostrado que cuando uno procura utilizar muchos pasajes distintos, existe el peligro de confundir a la persona en vez de ayudarle. Es aconsejable, pues, escoger y emplear unos cuantos textos, nada más. Los más útiles son diez, a saber: Juan. 3:16; Juan. 10:10 b; Rom. 3:23; Rom. 6:23; Rom. 5: 8; Juan. 14: 6; Hech. 3:19 a; Juan. 1:12; Apoc. 3:20; y 1 Jn. 5:11, 12. Por supuesto, no será siempre necesario usar todos los diez, pero sí es bueno saberlos utilizar.

### (4) Deje que la persona visitada lea los textos.

De esta manera harán mucho más efecto. Después de que los haya leído, explique usted cuidadosamente su significado. No pase al siguiente texto sin que la persona haya entendido claramente lo que acaba de leer.

### (5) No permita que le desvíen del asunto principal.

Es muy posible que la persona le haga preguntas que le desviarían totalmente de la presentación del plan bíblico de la salvación. Así lo quiso hacer la mujer samaritana con Cristo; pero él no se dejó desviar del asunto principal. Tampoco debemos hacerlo nosotros. Cuando se le pregunte, por ejemplo: "¿Por qué no cree usted en la virgen María?" u otra cosa parecida, lo mejor es responder más o menos de esta manera: "Si usted me permite terminar con lo que estoy presentando, luego con todo gusto le contestaré." Satanás hará todo cuanto pueda por evitar que la persona reciba a Cristo como su Salvador personal, y si puede enfrascarnos en discusiones que se salgan por la tangente, habrá logrado su fin. Es urgente, pues, que mantengamos la discusión en el rumbo que lleva, hacia un encuentro vital con Cristo Jesús.

# (6) Siga un desarrollo consecutivo de las ideas principales del plan bíblico de la salvación.

### a. Dios le ama a usted y desea que tenga una vida abundante.

Por razones tanto teológicas como sicológicas es preferible iniciar nuestra presentación hablando del amor de Dios. Allí comenzó el plan de la salvación: en el eterno amor del Padre celestial; y es justo que nosotros sus hijos sigamos su ejemplo. Además, esta manera de proceder tiene la gran ventaja de apelar desde un principio a las necesidades básicas del ser humano. Bien ha dicho un reconocido autor moderno que:

El conocimiento sicológico ha vuelto más claras y accesibles las raíces de la religión en el alma del hombre y nos ha ayudado a entender cómo los impulsos instintivos de la naturaleza humana, y las emociones que les están

vinculadas, tienen un lugar y desempeñan un papel en toda vida religiosa sana. Nos ha mostrado también que existen tres necesidades básicas en todo ser humano: la necesidad de seguridad, la necesidad del amor y la necesidad del poder; y que en última instancia, estas necesidades sólo pueden encontrar satisfacción en la medida en que la mente y el corazón tengan por centro a algo más grande que el yo; vale decir: un Ser perfecto. <sup>17</sup>

Así es que en nuestro trato con una persona conversa, al presentar ante todo el hecho de que Dios le ama y desea que tenga una vida abundante estamos pisando en terreno firme. Pida, pues, que su amigo lea Juan. 3:16 y luego explíquele el significado del texto más o menos en los siguientes términos.

De esta declaración de Jesús se desprenden tres consideraciones acerca del amor de Dios: su universalidad, su intensidad y su finalidad. El amor de Dios es universal en su alcance. "Amó Dios al mundo". Nadie está excluido. Dios no tiene favoritos, sino que incluye a toda la humanidad en el infinito abrazo de su buena voluntad. Además, su pasión por el mundo es extremadamente intensa. "De tal manera amó... que ha dado a su Hijo unigénito." No es que simplemente dice que nos ama; lo ha comprobado en una forma que no deja lugar a dudas: por el sacrificio del Hijo de su amor. En la cruz se hace patente cuánto nos ama nuestro Padre celestial. Y la finalidad, o sea el propósito de su entrañable afecto es que cada uno de nosotros tenga "vida eterna".

Pero ¿qué cosa es "vida eterna"? Es mucho más que una simple existencia interminable; es una nueva clase de vida que se empieza a disfrutar aquí mismo en la tierra y que perdura por toda la eternidad. En una palabra, "vida eterna" es la "vida abundante" de que habló Cristo en Juan. 10:10.

Aquí pida que su amigo le lea el texto mencionado (Juan. 10:10) antes de seguir con la explicación.

Por estas palabras de Cristo comprendemos que Dios desea que todas sus criaturas humanas tengamos en este mundo una vida abundante, es decir, una vida de triunfo sobre las pruebas y las tentaciones, una vida abundante en gozo, en paz, en pureza y en poder. No quiere él que arrastremos una existencia miserable de amargura, inquietud, derrota moral e inseguridad.

### b. El pecado le separa de Dios y le priva de la vida abundante.

Esta es la segunda idea principal del plan bíblico de la salvación. Sobre este punto contamos con el testimonio de la propia conciencia de la persona con quien estamos tratando. Supliquémosle que lea Rom. 3:23 y luego sigamos con nuestra exposición.

Según este versículo, ¿quiénes han pecado? Dice que todos, ¿no? ¡Qué fuerte es esta palabrita! Me incluye a mí y también a usted, ¿verdad? ¡ Sí! El pecado es una experiencia universal. Pero esto no es todo lo que el texto afirma.

También nos hace ver cuál es la con secuencia de nuestro pecado: nos ha destituido de la gloria de Dios.

El diccionario dice que la palabra "destituir" significa "privar a uno de alguna cosa; separar a uno de su cargo como corrección o castigo". Esto es precisamente lo que ha hecho nuestro pecado: nos ha separado de Dios y nos ha privado de la vida abundante que él desea que tengamos. Por esta razón nuestra vida carece de gloria. Y como si esto no fuera suficiente, la Biblia nos advierte, además, que si persistimos en nuestro pecado nos espera algo todavía peor. Leamos lo que dice en Rom. 6:23.

En este punto, deje que su amigo lea el versículo completo, pero en su explicación, limítese a la primera frase del texto.

Aquí vemos que la paga del pecado es la muerte; no sólo la muerte física, sino también la muerte espiritual. La idea esencial de la muerte es la de una separación. En la muerte física sucede que el espíritu del individuo se aleja de su cuerpo. En la muerte espiritual lo que sucede es que el alma humana es separada de Dios. Lo que el apóstol Pablo nos está diciendo es que el pecado no sólo nos priva de las bendiciones de una vida abundante aquí en este mundo, sino que nos tiene condenados a una eternidad sin Dios y sin esperanza.

¡Qué cosa tan tremenda es el pecado! Podríamos decir que ha cavado un abismo profundo y ancho que nos mantiene alejados de Dios y de la vida eterna y abundante que él nos quiere dar. Separándonos de Dios, nos priva de gloria en esta vida, y en la venidera de esperanza.

### c. Jesucristo tomó el lugar de usted en la cruz y pagó el precio completo de su salvación haciendo posible que usted vuelva a Dios

La tercera idea que necesitamos comprender es que Cristo ha actuado como nuestro Substituto, tomando nuestro lugar y sufriendo el castigo que nosotros merecemos al morir por nosotros en la cruz. El problema del pecado no lo podemos resolver nosotros. Nuestro pecado, como ya hemos dicho, ha creado un abismo profundo que nos separa de Dios, y ningún esfuerzo humano es capaz de hacer el puente que pase este abismo. Pero Dios ha intervenido para resolver el problema por nosotros.

### Aquí pida que su amigo lea Rom. 5: 8

Ve usted, que a pesar de nuestro pecado, nos sigue amando nuestro Padre celestial. La suprema demostración de su amor la tenemos en el envío de su Hijo al mundo para actuar como nuestro Substituto. Dejando la gloria del cielo, tomó nuestra naturaleza humana al nacer de la Virgen María. Durante treinta y tres años vivió en este mundo como hombre, sujeto a las mismas tentaciones que nosotros, pero nunca pecó. Luego, habiendo triunfado sobre todos los ataques del maligno, se echó a cuestas nuestras culpas y sufrió por

nosotros el castigo que justamente merecieron nuestros pecados. Losepultaron, pero al tercer día resucitó. Después de cuarenta días, en que se apareció varias veces a los suyos para comprobar la realidad de su resurrección, ascendió otra vez al cielo donde está intercediendo ahora por todos los que en él confían. Desde allí vendrá algún día en gloria inefable para resucitar a los muertos, juzgar al mundo e inaugurar su reino eterno de justicia y de paz.

De esta manera el Señor Jesucristo ha hecho el puente que pasa por encima del grande abismo creado por nuestro pecado y que nos tiene separa dos de Dios.

Ahora, abra su Nuevo Testamento o Biblia a Juan. 14: 6 y pida que su amigo lea el texto.

¡Qué maravilloso! Ahora hay UN CAMINO por el cual podemos volver a estar en comunión con nuestro Padre celestial. Este camino es CRISTO y *solamente* él.

# d. Para poder volver a Dios necesita usted arrepentirse de sus pecados.

Habiendo, pues, un camino por el cual uno puede volver a estar en comunión con Dios, ¿qué hay que hacer para aprovecharlo? La respuesta tiene dos partes. En primer lugar, hay que arrepentirse de sus pecados.

Invite a su amigo a leer Hech. 3:19 a, es decir, la primera parte del versículo.

La palabra "arrepentirse" significa dar media vuelta para poder caminar en la dirección opuesta. Por naturaleza (y por voluntad también) usted y yo andamos por el camino del pecado. Por este camino no nos vamos a encontrar con Dios nunca, porque Dios no es pecador. Si queremos volver a estar en comunión con nuestro Padre celestial, tenemos que dar la media vuelta; tenemos que arrepentirnos de nuestros pecados. Es decir, tenemos que reconocer que andamos mal; tenemos que confesar a Dios que andamos mal; y tenemos que tener el deseo sincero de dejar de andar mal. En otras palabras, el arrepentimiento es un cambio espiritual profundo respecto al pecado: un cambio de parecer, de sentimiento y de voluntad.

Pero el arrepentimiento solo no basta. Cuando uno se convence de la realidad terrible de su pecado; cuando confiesa sinceramente a Dios su maldad; y cuando siente el deseo profundo de dejar su mal camino, inmediatamente se da cuenta de que el querer No es poder. Algo más le falta. Para poder zafarse de las cadenas que le detienen necesita ayuda —la ayuda de alguien que ha comprobado ser más poderoso que el pecado y aun la muerte. ¿Quién ha llenado tan exigente requisito? ¡Sólo UNO —El Santo Hijo de Dios! Esta verdad nos conduce en seguida a la última idea principal del plan bíblico de la salvación, que es la siguiente:

### e. La vida eterna y abundante es una dádiva que Dios le ofrece en Cristo. Será suya si le recibe a EL por fe como su Señor y Salvador.

Cuando discutíamos el hecho de que todos hemos pecado, leímos una declaración importante del apóstol Pablo. Ahora queremos leer ese mismo texto otra vez.

Abra su Biblia o Nuevo Testamento en Rom. 6:23 y pida que su amigo lo vuelva a leer.

Aquí se afirma que la vida eterna —esta vida abundante en gozo, paz, pureza, poder y seguridad— es una dádiva, o sea un regalo de Dios. Los regalos son pagados por la persona que los obsequia. Quien los recibe no paga nada. Así es que la vida eterna, que es la dádiva más valiosa que se puede imaginar, le costó un precio enorme a nuestro Dios: le costó la vida del Hijo de su amor. Por tanto, usted y yo no tenemos nada que pagar; sólo tenemos que recibir. En verdad, aunque quisiéramos pagar no podríamos hacerlo porque el valor de la vida eterna está mucho más allá de todo esfuerzo o mérito humano. Además, si pretendiésemos pagar, ofenderíamos a Aquél que nos ofrece el regalo. Pero observemos otra cosa. ¿Dónde se encuentra este precioso don?

Pida a su amigo que lea otra vez más el texto, Rom. 6:23.

Antes de presentar un obsequio, las personas bien educadas siempre tienen el cuidado de hacerle a su regalo una envoltura atractiva. Así también ha hecho nuestro Dios; ha envuelto la dádiva de la vida eterna "en Cristo Jesús". No ha colocado este tesoro en ninguna otra persona ni en otra parte alguna. Lo puso exclusivamente en la persona y en la obra de su Hijo. Entonces para recibir este regalo de Dios tenemos que recibir a Cristo mismo en nuestro corazón, porque la vida eterna está en él.

Al llegar a este punto en su explicación, saque de su Biblia o de su Nuevo Testamento una pequeña tarjeta en blanco y presente la siguiente ilustración.

Mire usted, voy a colocar esta tarjeta dentro de mi Nuevo Testamento y cerrarlo. Ahora, si usted desea tener la tarjeta, ¿qué tiene que hacer primero? Tomar el libro, ¿verdad? Sí, porque la tarjeta se halla dentro del libro. De esta misma manera, si usted desea tener la vida eterna, necesita recibir a Cristo en su corazón, porque la vida eterna está en él. Pero observemos una cosa más. Dice el texto que estamos considerando que "la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro". Quiere decir, pues, que al recibir a Cristo en nuestro corazón, hemos de recibirle como SEÑOR de la vida.

Cuando Dios creó al hombre, le puso en el Huerto de Edén, rodeado de toda cosa buena y hermosa. De todo disponía, menos de una sola cosa. Como símbolo de la soberanía divina, Dios le prohibió a Adán que comiera del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Mientras que el hombre respetaba esa prohibición estaba diciendo, en efecto, que quien mandaba en el mundo

era Dios. Pero por desgracia el hombre no quiso seguir respetando la soberanía divina. Se rebeló en contra de su Creador. Extendió la mano y tomó del fruto prohibido. Con ese acto dijo en efecto; "Quien manda aquí soy yo." Y en consecuencia de aquel acto de rebelión le ha sobrevenido a la humanidad todo el cúmulo de desastres que narra la historia y que los periódicos proclaman cada día.

La raíz y la esencia de todo pecado es precisamente la negación de la legítima soberanía de Dios en nuestra vida. Por ésto quedó Adán desterrado del paraíso, y por esto mismo usted y yo estamos "destituidos de la gloria de Dios". Por tanto, si queremos recuperar la gloria perdida, tenemos que hacer lo contrario de lo que hizo Adán: tenemos que bajar del trono de nuestro corazón al YO que ha mandado hasta ahora e invitar a CRISTO a entrar y ser nuestro SEÑOR Y REY.

Esto es lo que significa "creer en Cristo". La fe cristiana no es una simple creencia en ciertos hechos históricos, por verídicos que éstos sean. Es más bien la recepción en el corazón de una Persona a Quien se le entregan las riendas de la vida.

### Pida aquí que su amigo lea Juan. 1:11-12.

Cristo vino a su pueblo, pero ellos no lo recibieron. Usted recordará que durante su proceso ante Poncio Pilato, éste sacó al Señor Jesús ante la chusma alborotada y les dijo, "He aquí vuestro Rey." Y ellos contestaron, "No tenemos más rey que César." Ellos lo rechazaron. A esto precisamente se refiere el texto que usted acaba de leer, y luego sigue asegurando que todo aquel que recibe al Señor (como Rey de su corazón) llega por esta misma decisión a ser un hijo de Dios. Entonces, queda claro lo que usted debe hacer. Para tener la vida eterna necesita invitar a Cristo a entrar en su corazón como Señor y Salvador de su vida. El desea entrar, pero espera ser invitado primero.

# (7) Termine con una invitación para que la persona se decida inmediatamente a recibir a Cristo como Señor y Salvador de su vida.

Abra ahora su Biblia o Nuevo Testamento a Apoc. 3:20 y pida que su amigo se lo lea. Para evitar explicaciones innecesarias, es preferible que termine la lectura con las palabras "entraré a él".

Lo que usted acaba de leer son palabras de Cristo mismo. Su significado es bien claro: el propio Hijo de Dios está llamando a la puerta de su corazón, pidiéndole permiso para entrar. No desea entrar para tomar ventaja de usted o para explotarle; su propósito es otro. Anhela solamente bendecirle, perdonarle todos sus pecados y darle la vida eterna —esta vida abundante de gozo, paz, pureza, poder y seguridad. Pero no lo hará sin su consentimiento; no pasará por encima de la libertad espiritual con que Dios le ha dotado.

¿Le invitará a pasar y ser desde hoy Señor y Salvador de su vida? No es cosa difícil hacerlo. Sólo tiene usted que expresarle sinceramente y en sus propias palabras los siguientes sentimientos:

Señor Jesús, hasta ahora yo he hecho lo que he querido con mi vida, pero me ha ido bastante mal. Me doy cuenta de que mi pecado me ha separado de Dios, privándome de la vida abundante que él me quiere dar. Pero Tú, Señor, dejaste tu gloria celestial para venir a este mundo y tomar mi lugar de juicio en la cruz. Tú pagaste por mí el precio completo de la salvación, y con tu muerte y resurrección abriste el camino para volver a Dios. Así es que me arrepiento de mis pecados. No quiero seguir viviendo como hasta ahora he vivido. Pero yo solo no puedo vencer el mal. Necesito tu ayuda. Por tanto, te ruego entres en mi corazón para tomar posesión de mi ser. Tú puedes librarme de las cadenas que me detienen. Me entrego por fe a ti, oh Cristo. Sé tú mi Dueño y Salvador.

Después de esta explicación ha llegado usted al punto crucial de toda la presentación. Ahora es indispensable que le dé a su amigo la oportunidad de hacer su decisión personal. No DEJE DE HACERLO. Elevando su alma en ferviente petición silenciosa a Dios, extienda su mano hacia su amigo y dígale más o menos lo siguiente:

Si en este momento usted está dispuesto a recibir a Cristo en su corazón por fe como Señor y Salvador de su vida, hágalo e indíquemelo por la señal de un apretón de manos.

Con su mano todavía extendida, espere unos instantes, orando al Señor silenciosamente para que le dé valor y decisión a su amigo. ¿Cuánto tiempo deberá insistir? Sólo el Espíritu de Dios se lo podrá indicar. Habrá ocasiones cuando la insistencia será cosa de vida o muerte, y usted sentirá un impulso incontenible de alargar la invitación. Otras veces se dará cuenta de que la mucha insistencia sería contraproducente. Pero sea que usted insista mucho o poco (según su propia sensibilidad espiritual se lo indique) es muy necesario dar a su amigo la oportunidad de tomar una decisión personal respecto a su salvación. El no hacerlo sería defraudarlo —y esto en el asunto más serio de la vida.

Si la persona responde afirmativamente, tenga entonces una oración de gratitud a Dios por la decisión tomada. Luego, pídale que lea 1 Jn. 5:11, 12 y ayúdele a entender que habiendo recibido a Cristo como su Salvador, tiene ahora mismo la vida eterna. Hágale ver que la seguridad de su salvación no depende de sus sentimientos, éstos pueden variar de día en día. Su seguridad depende del testimonio de la Palabra de Dios. Cuando usted ve que su amigo ha comprendido esta verdad, entonces pídale que haga una oración, dando gracias a Dios por la salvación que ha recibido del Señor. Puede ser que usted tenga

que ayudarle a hacer esta oración. Será la primera vez en su vida que ore como un hijo de Dios. Si es así, entonces haga una oración en frases breves para que su amigo lo pueda seguir, frase por frase, más o menos en estos términos:

"Padre celestial, te doy gracias por la vida eterna. Te doy gracias por el perdón de mis pecados. Te doy gracias porque tú estás en mi corazón. Ayúdame a serte fiel de hoy en adelante. Por Cristo te lo pido. Amén".

Si la persona se niega a tomar la decisión de recibir a Cristo, entonces termine usted la entrevista con una indicación de su sincera amistad y con la seguridad de sus continuas oraciones porque no tarde en cambiar de actitud.

# (8) Después de una decisión de recibir a Cristo, haga ver al nuevo creyente su deber de hacer pública su decisión.

Léase Mat. 10:32, 33 y explíquele la necesidad de una manifestación pública de su decisión de recibir a Cristo como su Salvador personal. Invítele a asistir al templo el próximo domingo. Ofrezca ir por él y acompañarlo a la casa de Dios. Estando en el templo, procure sentarse a su lado. Y si parece conveniente, cuando el pastor hace la invitación después del sermón, acompañe a su amigo hacia el frente, dándole el estímulo de su respaldo al hacer su pública profesión de fe en el Señor.

## Capítulo 6. — Para Ser Un Reproductor Espiritual Es Necesario Trabajar Por El Desarrollo De Los Nuevos Creyentes

En la carta a los Colosenses encontramos una indicación clara de la importancia del desarrollo espiritual de los nuevos creyentes. Pablo está describiendo su ministerio. Parte de ese ministerio consistía en la predicación de Cristo como "la esperanza de gloria". De esta gloria el hombre había quedado destituido por causa del pecado (Rom. 3:23). En Cristo la recupera. Pero la proclamación de esta buena nueva no constituía la totalidad del ministerio de Pablo. Seguía algo más; seguía un énfasis marcado sobre la necesidad de ayudar a los nuevos creyentes a alcanzar la madurez espiritual.

A quien (a Cristo) anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre; para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí (Col. 1:28-29).

Hay tres palabras en este pasaje que necesitan un poco de explicación. La primera es la voz "perfecto". En 1 Cor. 14:20 aparece el mismo vocablo, y allí es traducido "maduro". Esto es su verdadero significado. La meta de la labor pastoral de Pablo era la de promover el desenvolvimiento espiritual de los que se convertían bajo su predicación. Su amarga experiencia con la iglesia de Corinto le había dado sobrados motivos para luchar por que los nuevos creyentes no permanecieran "como niños en Cristo" que necesitaran "leche y no vianda". Tales cristianos subdesarrollados no eran más que "carnales" y, en su estado de anemia espiritual, fecundas fuentes de desastrosas divisiones (1 Cor. 3: 1-4).

Por estar tan bien enterado de las funestas consecuencias que resultan cuando los creyentes no son conducidos con firmeza hacia "la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Ef. 4:13), el Apóstol hacía esfuerzos tremendos. Los describe con las dos palabras "trabajo" y "luchando". La primera significa literalmente "trabajo hasta el punto de caer rendido de cansancio". La segunda es un término que originalmente describía los esfuerzos extremados de los que competían en los juegos olímpicos. Ambas expresiones nos hacen ver la intensa actividad de Pablo a favor del desarrollo espiritual de los nuevos creyentes.

Tenemos una hermosa ilustración de esta actitud del Apóstol en la parte final de su primer viaje misionero. Hacía más o menos un año que habían salido de

Antioquía de Siria cuando Pablo y Bernabé arribaron por fin a Derbe. El viaje había sido bastante accidentado. En Antioquía de Pisidia se había levantado una persecución en contra de ellos y fueron expulsados de la comarca. En Iconio fueron amenazados con una repetición de la misma experiencia, y tuvieron que huir. Y en Listra Pablo fue apedreado y dejado por muerto fuera de la ciudad. Solamente en Derbe parece que lograron trabajar en relativa paz. Por tanto, es razonable pensar que los dos misioneros bien pueden haber anhelado un poco de descanso.

Ahora, si examinamos el mapa de Asia Menor, observaremos que el camino más corto para ir de Derbe a Antioquía de Siria era aquel que pasaba por la ciudad de Tarso. A vuelo de pájaro, Derbe distaba de Tarso apenas unos ciento veinte kilómetros. Claro está que el camino montañoso que comunicaba a las dos ciudades tuvo que ser más largo que esto, pero es probable que en poco más de una semana Pablo habría podido cubrir la distancia y pasar unas bien merecidas vacaciones en su ciudad natal.

¡Cuan atractiva debería de haberle sido semejante perspectiva! En Tarso había pasado los años mozos de su vida; allí también había dado comienzo a su carrera misionera. ¡Qué recuerdos no embargarían su mente al pensar en la posibilidad de pasar unos días de refrigerio en aquella "ciudad no insignificante de Cilicia"!

Pero Pablo no viajó hacia Tarso. Al contrario, se volvió a Listra, donde le habían apedreado; a Iconio, de donde había tenido que huir; y a Antioquía de Pisidia, de donde lo habían expulsado. ¿Por qué? Dejemos que las Escrituras nos lo digan:

...volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquia, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el Reino de Dios. Y constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído" (Hech. 14:21-23)

El Apóstol se sentía constreñido a trabajar por el desarrollo espiritual de los nuevos creyentes. <sup>18</sup> Debemos seguir su ejemplo.

Al pensar, pues, en nuestra responsabilidad de ayudar a los nuevos creyentes a crecer en la gracia y en el conocimiento del Señor (2 Ped. 3:18), hay dos cosas que tenemos que hacer: proporcionarles un ambiente propicio, e impartirles una instrucción adecuada.

# 1. Un ambiente propicio para el desarrollo espiritual de los nuevos creyentes.

Este ambiente debe ser proporcionado por la iglesia local. Aun antes de que la persona hubiese aceptado a Cristo, la iglesia debía de haber estado intercediendo por ella. Debía de haberle manifestado su interés y su cariño con una bienvenida cordial cada vez que asistía a los cultos. Y al hacer su profesión de fe, la iglesia toda debía de haberle felicitado y prometido el respaldo de sus continuas oraciones.

En el compañerismo de los hermanos el nuevo creyente debe encontrar comprensión, amor y la inspiración de un buen ejemplo. El fervor de los cultos debe hacerle sentir la presencia de Dios. La actividad misionera de la iglesia debe hacerle comprender su propia responsabilidad para con sus parientes y amigos. Pero sobre todo, la gozosa acogida de que es objeto de parte de todos debe hacerle saber que pertenece a una familia espiritual que se presta para ayudarle en todo lo que pueda.

Pero no bastarán estas manifestaciones generales de sincero amor cristiano. Será necesario que alguien se interese individualmente por el desarrollo espiritual del nuevo creyente; que se constituya, por decirlo así, en su "hermano mayor". Tal responsabilidad debe ser asignada, por supuesto, a algún creyente de madurez espiritual, y éste deberá comprometerse a visitar semanalmente a su "hermano menor" para estimularlo en su crecimiento. El pastor también procurará dar alguna atención personal a cada nuevo creyente; pero no dispondrá él de suficiente tiempo para velar por el desarrollo completo de cada uno que hace profesión de fe. Por esto es indispensable que cuente con un núcleo de hermanos consagrados y preparados que se comprometan a dedicar algún tiempo de cada semana a la obra de la reproducción espiritual.

# 2. Una instrucción adecuada para el desarrollo espiritual de los nuevos creyentes.

Claro está que esta instrucción puede ser impartida de varias maneras. Cada iglesia está en entera libertad de hacerlo como mejor le parezca. El plan que sugerimos aquí tiene la ventaja de utilizar en su totalidad los estudios hechos hasta aquí con una leve modificación en el orden de la presentación y la adición de un breve bosquejo sobre El Testimonio.

Este plan de instrucción abarca un período de diez semanas. Debe ser iniciado en la semana que sigue a la profesión pública de fe del nuevo creyente. Durante la semana éste debe ser visitado por la persona a quien el pastor haya designado como su "hermano mayor", quien le demostrará a su "hermano

menor" el gozo que siente al tenerlo como nuevo miembro de la familia de la fe. Le dirá que la iglesia tiene un plan de estudios que quisiera compartir con él. Le regalará un Nuevo Testamento y un ejemplar del librito *La Reproducción Espiritual*, y le indicará cuál es el primer estudio que harán. Le invitará a la escuela dominical y a los cultos de predicación del próximo domingo, y hará cita para verlo la siguiente semana.

# (1) Primera semana: instrucción sobre la seguridad de su relación personal con Cristo.

#### Material de estudio:

La Reproducción Espiritual, capítulo II. Lecturas bíblicas para la semana: Marcos, capítulos 1-8. Textos para aprender: 1 Jn. 5:11, 12 y 1 Cor. 10:13.

Repase primero las cuatro ideas principales del estudio asignado para la semana, haciendo hincapié sobre el privilegio de tener la seguridad de la salvación, la seguridad de la victoria, la seguridad del perdón y la seguridad de la provisión en contestación a la oración. Tome tiempo para contestar las preguntas que el "hermano menor" tenga.

Terminado el repaso del material impreso, lea con él los textos que habían de ser aprendidos. No le pida que los repita solo, repítalos con él, porque hay que evitar a toda costa el darle pena al "hermano menor" en esta primera vez. Felicítelo por su interés y su buen trabajo. Indíquele cuál es el material que se estudiará para la próxima semana. Recuérdele que lo esperan en la escuela dominical y en los cultos de predicación del domingo siguiente. Antes de despedirse con oración, pida su colaboración en una *tarea que realizar* antes del siguiente estudio. Dicha "tarea" consiste en que usted desea que su "hermano menor" le acompañe en cuando menos una visita que usted hará a una persona inconversa con el fin de presentarle el plan bíblico de la salvación. Hagan cita para esta visita.

Hay que evitar toda impresión de que están en una clase formal. Precédase siempre en un ambiente de confianza y de intercambio. Al hacer el repaso del material impreso, hágalo con el libro abierto. Procure no contradecir al nuevo creyente a no ser que resulte absolutamente indispensable. Por ejemplo, en vez de contestarle negativamente cuando ha cometido algún error, se le puede replicar más o menos en la siguiente forma: "Bueno, es posible pensar así, pero probablemente sería mejor decirlo de esta manera" (procediendo a expresar la verdad de que se trate de la manera más conveniente).

### (2) Segunda semana: instrucción sobre el testimonio.

#### Material de estudio:

El bosquejo que sigue.

Lecturas bíblicas para la semana: Marcos, capítulos 9-16.

Textos que aprender: 1 Jn. 1: 9 y Juan. 16:24.

#### **EL TESTIMONIO**

**Introducción**: La voluntad de Dios para cada creyente es que sea un testigo de Cristo. Luc. 24:45-49; Hech. 1: 8; 4:19-20; 5:32; 10:42; 20:19-20.

Hay tres tipos de testimonio que cada creyente debe dar.

#### I. El Testimonio de la Conducta.

- **1.** Nuestra conducta debe demostrar que somos "nuevas criaturas". 2 Cor. 5:17; Luc. 19: 8-9; 1 Cor. 10:31-32
- **2.** Nuestra conducta puede ser el factor decisivo en el evangelismo. 1 Ped. 3: 1-4; 1 Cor. 10:31-32
- 3. Nuestra conducta debe glorificar a Dios. Mat. 5:14-16; 1 Ped. 2:11-12
- 4. Nuestra conducta debe ser digna. Ef. 4: 1; Col. 1:10; 1 Tes. 2:12

### II. El Testimonio de la Palabra.

- 1. La palabra hablada.
  - (1) Una simple invitación. Juan. 1:39, 46; 4:29; Hech. 10:24
  - (2) La relación de nuestra propia experiencia de conversión.

Respecto a este testimonio, nótese lo siguiente:

- **a.** Debe glorificar a Cristo y no a uno mismo.
- **b.** Debe ser breve.
- **c.** Debe decir tres cosas que podemos resumir en tres palabras sencillas: ANTES—COMO—DESPUÉS. Es decir: lo que uno era antes de conocer a Cristo; y lo que ha resultado después de conocer a Cristo.
- (3) Una explicación del plan bíblico de la salvación. Hech. 8:35; 18:26.

### 2. La palabra escrita.

- (1) El reparto de tratados y revistas evangelísticas.
- (2) La distribución y venta de porciones bíblicas, Nuevos Testamentos y Biblias.
- (3) La redacción de cartas personales a amigos incon versos.

### III. El Testimonio del Bautismo.

- **1.** Los creyentes neotestamentarios consideraron al bautismo como su primer testimonio de fe en Cristo. Hech. 2:41; 8:12, 36; 10:47-48; 16:14-15, 33-34
- 2. El bautismo es un testimonio que conmemora la sepultura y resurrección de Cristo. Rom. 6: 3-4

- **3.** El bautismo es un testimonio que presenta en forma simbólica la esencia de la experiencia cristiana, a saber: la muerte a una vida de pecado y la resurrección a una vida nueva. Rom. 6: 3-4; Col. 2:11
- **4.** El bautismo es un testimonio de fe en la resurrección de nuestro propio cuerpo. Rom. 6: 5
- 5. El bautismo es un testimonio de obediencia a Cristo. Mat. 28:19
- **6.** De las citas ya consideradas es necesario concluir cuando menos en lo siguiente:
  - (1) Que sólo los ya salvos tienen derecho al bautismo.
  - (2) Que sólo la inmersión total del cuerpo en agua constituye el modo bíblico de bautismo.
  - (3) Que todo creyente tiene la solemne obligación de dar testimonio de su fe en Cristo por medio del bautismo bíblico.

Conclusión: La prueba de nuestro amor a Cristo está en nuestra obediencia a sus mandamientos. Juan. 14:21; 15:10, 14.

El procedimiento general no debe variar mucho de semana en semana. Empiece por una consideración del material consignado en el bosquejo. Permita que el "hermano menor" le haga las preguntas que quiera. Encarézcale su obligación cristiana de dar testimonio de las tres maneras ya consideradas. Sobre el asunto del bautismo, dígale que el pastor tendrá mucho gusto en hablarle más detalladamente respecto a ello. Recuérdele que le esperan en la escuela dominical y en los cultos del próximo domingo. Termine con un repaso de los cuatro textos que había que aprender para esta fecha.

Antes de despedirse con oración asígnele la siguiente tarea que *realizar* antes del próximo estudio: entregúele diez tratados evangelístícos, suplicándole que procure repartirlos todos a personas conocidas antes de ocho días.

# (3) Tercera semana: instrucción sobre lo que el Espíritu Santo ha hecho en la vida de todo crevente.

#### Material de estudio:

La Reproducción Espiritual, capítulo III, Introducción y Sección 1.

Lecturas bíblicas para la semana: Hechos, capítulos 1-7.

Textos para aprender: Ef. 5:18 y Hech. 1: 8.

Procédase de la misma manera que en las semanas anteriores. Antes de terminar, asígnele la siguiente *tarea que realizar:* que piense en cuando menos dos personas que viven en la comunidad y a quienes desearía ganar para la fe de Cristo, y que ore por ellos por nombre cada día durante la semana próxima. En su oración de despedida, ore por los familiares inconversos del "hermano"

menor". Siempre recuérdele que le esperan en la escuela dominical y en los cultos de la iglesia.

# (4) Cuarta semana: instrucción sobre las condiciones para ser lleno del Espíritu.

#### Material de estudio:

*La Reproducción Espiritual*, capítulo III, Sección 2. Lecturas bíblicas para la semana: Hechos, capítulos 8-14.

Textos para aprender: Juan. 3:16 y Juan. 10:10.

Al terminar el estudio de este material, hágase un repaso concienzudo de todos los textos que habían de ser aprendidos para la fecha. Si el "hermano menor" tiene dificultad con alguno, ayúdele a entenderlo y a fijarlo bien en la memoria. Hágale ver que el secreto del aprendizaje consiste en la repetición diaria. Como *tarea que realizar* durante los siguientes ocho días, pregúntele si ya ha pensado en dos personas que viven en la comunidad a quienes desea ganar para Cristo. Entonces, déle dos buenos tratados evangelísticos, pidiéndole que visite a esas dos personas, que les entregue el tratado y que les invite a asistir a los cultos de la iglesia el domingo que viene.

Para despedirse, oren juntos por estas visitas que el "hermano menor" va a hacer. Pidan también que el Señor les ayude a no cometer los pecados de "contristar" y de "apagar" al Espíritu. Dedíquense a Dios, sin ningunas reservas, para que él les pueda llenar de su amor y poder, capacitándoles así para un servicio efectivo.

# (5) Quinta semana: instrucción sobre el resultado de ser lleno del Espíritu.

#### Material de estudio:

La Reproducción Espiritual, capítulo III, Sección 3.

Lecturas bíblicas para la semana: Hechos, capítulos 15-21.

Textos para aprender: Rom. 3:23 y Rom. 6:23.

Después del estudio, pregunte al "hermano menor" si está cumpliendo fielmente con las lecturas bíblicas diarias. Luego, repasen juntos todos los textos que habían de ser aprendidos para la fecha. Pregúntele cómo le fue en las dos visitas que hizo durante la semana anterior. Como *tarea que realizar* para la semana próxima, entregúele otros dos buenos tratados evangelísticos y pídale que vuelva a visitar a las mismas dos personas, regalándoles los tratados

y diciéndoles francamente que está orando por su salvación, sin olvidar la invitación a los cultos de la iglesia.

¿Ya se bautizó el "hermano menor"? Pregúntele qué ha pensado sobre el particular. Al despedirse, oren juntos por la salvación de las dos personas que están siendo visitadas, así como por los parientes del "hermano menor". Recuérdele que no debe faltar a la escuela dominical ni a los cultos de predicación.

# (6) Sexta semana: instrucción sobre la preparación para la obra personal.

#### Material de estudio:

La Reproducción Espiritual, capítulo 4, Sección 1.

Lecturas bíblicas para la semana: Hechos: capítulos 22-28.

Textos para aprender: Rom. 5: 8 y Juan. 14: 6.

¿Ya se bautizó el "hermano menor"? Como tarea que realizar durante la siguiente semana, entregúele todavía otros dos buenos tratados evangelísticos y pídale que esta vez, al obsequiarlos a las personas que está evangelizando, agregue una cosa más: el relato de su propia experiencia de conversión a Cristo. Por supuesto, no se olvidará de invitarles nuevamente a los cultos de la iglesia. Terminen con un tiempo de oración en que participen los dos, pidiendo especialmente por la salvación de las personas a quienes el "hermano menor" está visitando.

# (7) Séptima semana: instrucción sobre la preparación para la obra personal (continuación).

#### Material de estudio:

La Reproducción Espiritual, capítulo 4, Secciones 2 y 3.

Lecturas bíblicas para la semana; Juan, capítulos 1-7.

Textos para aprender: Hech. 3:19 y Juan. 1:12.

¿Ya se bautizó el hermano? Como tarea que realizar durante los próximos ocho días, entregúele dos ejemplares de alguno de los cuatro Evangelios. Dígale que esta vez, al visitar a sus dos amigos inconversos, les pida permiso para leerles algún trozo selecto del Evangelio (el "hermano mayor" puede sugerir varios que serían apropiados). Después de la lectura, procure interesarles en tomar prestado el Evangelio para leer más de lo que dice acerca del Señor Jesús. Al despedirse, haga una breve oración en la presencia de sus amigos e invíteles otra vez a los cultos de la iglesia.

# (8) Octava semana: instrucción sobre la manera de hacer la obra personal.

### Material de estudio:

La Reproducción Espiritual, capítulo 5, Sec. 1, 2 y 3, incisos (1) al (5). Lecturas bíblicas para la semana: Juan capítulos 8-14. Textos para aprender: Apoc. 3:20 y Mat. 10:32-33.

Inicie el estudio pidiendo al "hermano menor" que le dé sus impresiones sobre la reacción que han tenido sus dos amigos inconversos como resultado de las visitas hechas hasta la fecha. Si han surgido problemas, discútanlos y luego oren juntos por que el Espíritu de Dios toque sus corazones y les mueva a entregarse al Señor Jesús. Luego, después de haber repasado el material de estudio asignado, juntamente con los textos que había que aprender, dígale al "hermano menor" que como tarea que realizar durante la semana, le invita a acompañarle otra vez en una visita que usted desea hacer para presentar a algunas personas el plan bíblico de la salvación.

# (9) Novena semana: instrucción sobre la manera de hacer la obra personal (continuación).

#### Material de estudio:

La Reproducción Espiritual, capítulo V, Sección 3, incisos (6) a (8). Lecturas bíblicas para la semana: Juan, capítulos 15-21. Textos para aprender: Ninguno nuevo; repásense todos los anteriores.

En esta vez, dedique bastante tiempo para un repaso total de los dieciséis textos que se han aprendido hasta la fecha. Recuérdele al "hermano menor" que procure meditar sobre lo que cada texto enseña. Hablen de la experiencia tenida la semana anterior al presentar el plan bíblico de la salvación a las personas inconversas que fueron visitadas. Procure ayudar al "hermano menor" a entender cualquier punto que le haya quedado algo confuso o dudoso. Como tarea que realizar para los próximos ocho días, dígale que después de orar bastante, debe ir adonde *uno* de los dos amigos inconversos a quienes ha estado visitando, y presentarle el plan bíblico de la salvación, procurando persuadirle a tomar la decisión de recibir a Cristo como Señor y Salvador de su vida.

# (10) Décima semana: instrucción sobre la reproducción espiritual.

#### Material de estudio:

La Reproducción Espiritual, cap. 1 y cap. 6, Introducción y Sección 1. Lecturas bíblicas para la semana: Gálatas, capítulos 1-6. Textos para aprender: 2 Tim. 2: 2 y Col. 1:28-29.

Principie este último estudio pidiendo al "hermano menor" un informe sobre su esfuerzo por ganar a su amigo para Cristo. Tome el tiempo necesario para ayudarle con las preguntas que de la experiencia habrán surgido. Si la persona recibió a Cristo como Señor y Salvador de su vida, tengan una oración, dando gracias a Dios por ello y pidiendo las bendiciones divinas sobre este nuevo creyente. Si el resultado fue negativo, pídanle al Señor que siga obrando en su corazón y que no tarde en cambiar de parecer. Indíquele al "hermano menor" que la *tarea para realizar* durante la siguiente semana es la de ir adonde el otro amigo por quien ha estado orando y a quien ha estado visitando, y presentarle a él también el plan bíblico de la salvación.

Huelga decir que para esta fecha —después de diez semanas de compañerismo íntimo y de estudio bíblico— el "hermano menor" debe haber sido bautizado. Pero si por alguna razón no es así, haga un esfuerzo por persuadirle a cumplir con su deber. Recuérdele que cuando uno se niega a obedecer a Cristo está cometiendo el pecado de apagar el Espíritu.

Después de repasar el material asignado para este estudio final, concluya con este reto: de la misma manera en que usted ha sido adiestrado para la reproducción espiritual, ahora Dios le hace responsable de compartir con otros lo que usted ha aprendido.

"Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros" (2 Tim. 2: 2).

### **Notas**

- ftl Hech. 1:15; 2:41, 47; 4:4; 5:14; 6:1, 7; 8:12; 9:31, 35, 42; 10:44; 11:21, 24; 12:24; 13:12, 48, 49; 14:1, 21; 16:5, 15, 34; 17:4, 12, 34; 18:8; 19:20, 26; 28:24.
- ft2 Dawson Trotman, *Born to Reproduce*, (Lincoln, Nebraska, EE. UU. A.: Back to the Bible Publishers, 1962), pp. 33-34.
- <sup>ft3</sup> Véase Andrew Murray, *Con Cristo en la Escuela de la Oración*, (El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1963), pp. 50-56.
- ft4 Hech. 2: 4; 4:8, 31; 6:3, 5; 7:55; 9:17; 11:24; 13:9, 52.
- fts Para un desarrollo más completo de este pensamiento, véase James H. McConkey, *El Triple Secreto del Espíritu Santo*, (Pittsburg: Silver Publishing Co., sin fecha), pp. 85-123.
- ft6 Luc. 3:21; Mar. 1:35; Luc. 5:16; Luc. 6:12; Mar. 6:46, 48; Luc. 9:18; Luc. 9:28-29; Luc. 10:21; Luc. 11: 1; Juan. 11:41-42; Juan. 12:27-28; Luc. 22:32; Juan. 17: 1-26; Mat. 26:36-44; Luc. 23:32; Mat. 27:46; Luc. 23:46.
- ft<sup>7</sup> Tomás W. Hughes, *La Psicología de la Predicación y de la Obra Pastoral*, (Buenos Aires: Editorial "La Aurora", 1953), p. 14.
- <sup>ft8</sup> Véase G. Campbell Morgan, *The Acts of the Apostles*, (New York: Fleming H. Revell Co., 1924), pp. 346-55.